

Textos Feministas, Teresa Claramunt.

Tomados de:

María Amalia Pradas Baena

Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa

<http://www.viruseditorial.net/pdf/TClaramunt.pdf>

Maquetación: Virus editorial

Cubierta: Xavi Sellès

Fotografía de la portada: Archivo de Antònia Fontanillas

Primera edición: febrero de 2006

Lallevir S.L.

VIRUS editorial

C/Aurora, 23 baixos

08001 Barcelona

T./fax: 934413814

C/e: virus@pangea.org

<http://www.viruseditorial.net>

Impreso en:

Imprenta LUNA

Muelle de la Merced, 3, 2º izq.

48003 Bilbao

T.: 944167518

Fax: 944153298

I.S.B.N.: 84-96044-68-8

Depósito Legal:

© 2006 Virus editorial

TEXTOS FEMINISTAS

La asociación de la mujer 161

Conferencia impartida en el Ateneo Obrero de Sabadell
165

Discurso de Teresa Claramunt en el Ateneo Obrero de
Sabadell 167

A la protesta de las madres de familia (I) 170

A la protesta de las madres de familia (II) 172

La igualdad de la mujer (I) 174

La igualdad de la mujer (II) 176

La igualdad de la mujer (III) 179

La igualdad de la mujer (IV) 182

Sección de la mujer 185

A la mujer A la unión de Elche 187

Una esperanza 189

Con buen rumbo 191

De la mujer 193

A la mujer 194

¡Quintas! 196

La mujer. Consideraciones generales 199

A las mujeres 211

A las mujeres ácratas de Barcelona 214

Los niños y las madres 215

¡Oh, el pudor! La rutina y la inconsciencia 217



Retrato de Teresa Claramunt realizado por Baltasar Lobo y publicado en la revista *Mujeres Libres*



Creative commons LICENCIA CREATIVE COMMONS **autoría - no derivados - no comercial 1.0**

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones: **Autoría-atribución:** se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y el del traductor/a.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

- Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto.

- Estas condiciones se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EUA.

La asociación de la mujer

Más elocuente que nuestras frases, mejor y más bello que toda clase de consideraciones respecto al gran problema social, a cuyo estudio y soluciones dedicamos nuestro humilde entendimiento, será, compañeros, la narración del hecho culminante de esta semana en la preciosa Sabadell, donde el Socialismo poderosamente arraigado en la conciencia del hombre, comienza a fecundar el más delicado sentimiento de nuestras compañeras, aportando al ejército del Proletariado el valioso concurso de las que hasta ahora han detenido inconscientemente la general emancipación.

La mujer complemento de nuestra vida, mitad de nuestra existencia y en cuanto a los hijos primer factor de la civilización y por lo tanto de nuestra mejora, se halló imposibilitada de contribuir al progreso por culpa nuestra primero, dado el abandono intelectual en que la dejamos, y por la volubilidad y rapidez de sus impresiones después.

Con iguales dotes, con las mismas aptitudes del hombre y con un corazón que, por lo generoso y paciente, nos enseña y seduce, ella es el faro de nuestro pobre hogar, ella es el único consuelo, la sola esperanza que en la negra noche de nuestra perenne explotación, nos hace amar la vida y sufrir confiados la presente esclavitud, insoportable sin sus caricias y sin el cuidado tierno y solícito que la merecemos.

Sólo nos faltaba una cosa de la mujer. Que cambiase el rumbo de sus ilusiones, abandonando al cura, el hijo, la hipocresía y el escondido vicio unidos al confesionario y, en vez de entregar los tesoros de su amor al extraño, espía de la familia, consagrará su poética imaginación a los sublimes anhelos del padre, del hermano, del marido, o del compañero trabajador, cuya libertad no se cumple por el obstáculo del fanatismo y la cobardía del sexo débil.

Desgraciadamente nuestra limitada instrucción carece de medios bastantes para transformar a la mujer dignificándola; pero el progreso, ariete de los tiranos, cunde y a tal grado llega su influjo benéfico, que espontáneamente se conciencia la mujer y afirma en públi-



Periódico quincenal

Año I	ADMINISTRACIÓN Calle de Lepanto, 16, 4.º 1.ª	PRECIOS 30 ejemplares. 1 peseta Número suelto. 6 céntimos	Núm. I
--------------	--	--	---------------

En nuestro periódico aparecerán trabajos de colaboración de nuestras compañeras: TERESA CLARAMUNT, SOLEDAD GUSTAVO, MARÍA CARO, ANGELINA VIDAL, LUISA MICHEL, EMMA GODMAN, ANA M. MOZZONI, MARÍA LOZADA, CONCIA SALA, GABRIELA ALCALDE, ANTONIA LIZURITA, ROSA LIDÓN y de cuantas quieran ayudarnos en nuestra labor regeneradora y nosotras juzgemos su ayuda de la índole de nuestra publicación, y de nuestros compañeros J. L. MONTENEGRO, P. KHOPKIN, A. HAMON, F. URALDES, A. LORENZO, L. BONAFULLA, E. MALATESTA, CRISTIANO DE CARVALHO, CESAR PORTO, F. T. DEL MARMOL y de todos aquellos que nos los remitan y nosotras comprendamos ser dignos de su publicidad.

A lo que venimos

Nuestro emblema ya lo dice. Venimos con nuestro esfuerzo a ayudar a libertar a la humanidad, tantos siglos oprimida; venimos a cooperar a la gran obra que ha de asegurar el triunfo de nuestra redención.

Desosas de poner término a todas las injusticias sociales, acudimos con nuestras energías al campo de la propaganda para al bien humano. Queremos que acabe el robo autorizado, la explotación del hombre por el hombre, toda especie de privilegios. No queremos que en el mundo haya tiranos ni tiranizados. Venimos dispuestas a luchar contra todo lo que sea propiedad privada, porque consideramos que es la causa principal de todas las desigualdades sociales existentes; venimos con nuestra piqueta a ayudar a la destrucción de los diques, que pretenden obstaculizar la marcha feliz y armoniosa de la humanidad.

Venimos, en fin, como misión más esencial nuestra, a ocuparnos de la mujer, de esa pobre víctima que, a pesar de haber sido cantada en mil tonos diversos y de haber sido idealizada y heroizada por los poetas de tantos siglos, no ha dejado de ser la más infeliz de todas las víctimas, la más explotada y vilipendiada de todos los explotados y vilipendiados, anteponiéndose siempre en las sociedades monstruosas valla de los preconceptos al desarrollo de sus facultades mentales.

Desde las generaciones lejanas, la mujer más que nadie, viene estando sujeta al capricho y a la soberanía de todos aquellos que han querido dominar y se han enesfloreado de los destinos sociales. Desde apartadas eras que la mujer se mueve bajo las furias de una dependencia avasalladora. La verdad jamás le ha sido dicha, la ciencia le ha sido negada, la luz de los conocimientos reales de la vida, se ha procurado siempre que no penetrase en su oscuro cerebro.

Pero, como la humanidad camina a través de los siglos, conducida por el vehículo progreso, y como ese progreso nos indica cual es el camino que hay que seguir para la conquista de la felicidad completa de todos los seres, llegó hasta nosotros también la indicación de ese camino, por lo que, al mismo tiempo, en nuestra labor, procuraremos indicarlo igualmente a aquellas que quieren oírnos.

Por lo dicho se comprenderá a lo que venimos. A destruir una sociedad mala para reharcer otra nueva. A hacer de toda la humanidad una familia, en donde todos sus miembros tengan el derecho a la vida, correspondiendo a la sociedad con su cuota de producción para la armonización del consumo. Nada más.

La Redacción.

El obrero, pidiendo justicia, siempre justicia. Y esta grito de justicia, cuyo eco suena, generoso, de tierra a tierra hacia el albedío benéfico de los sentimientos benévolos, queda abogado por el albedío de las ostras de los soldados que mafan sin motivo, que resacas las calles al más insignificante gesto de un niño.

L. BONAFULLA.

Humanidad Libre, publicación fundada por y para mujeres,
Valencia, 1 de febrero de 1902 (núm. 1).

co su nueva creencia, yendo a la redención por el único camino que a ella guía; por la asociación y la solidaridad.

¡Atrás sombras fatídicas del pasado, atrás supersticiosos errores! La muger os desecha. La muger se salva. El evangelio del socialismo, es más puro, más noble y más simpático que el de los conventos. El evangelio cristiano fue la teoría o código escrito, nada más que escrito, de los derechos de la muger como compañera del hombre. La práctica del socialismo son el hecho de su libertad e independencia. Por eso ha sucedido en Sabadell y no tardarán mucho en imitarlo las mugeres de España y otras regiones, lo que vamos a relatar:

*Acta de Constitución de la Sección Varia de
Trabajadoras anárquico-colectivista de Sabadell*

En Sabadell, local del Ateneo Obrero, a las 9 de la noche del 26 de Octubre de 1884, se reunieron las obreras que con anterioridad habían acordado asociarse, formando parte de la Federación Española de Trabajadores, a fin de coadyuvar a la emancipación de los seres de ambos sexos, y luchar enérgicamente en pro del 4.º estado.

Ocupada la mesa por las dos compañeras mayor y menor de edad, se procedió a la elección de mesa definitiva, resultando presidenta Federación López Montenegro y Tomás, y Secretarías Teresa Claramunt de Gurri y Gertrudis Fau de Fau.

Explicados con toda amplitud los móviles de la reunión, concretados en iguales pensamientos y aspiraciones que los que unen a los Compañeros anárquicos-colectivistas de la Federación Regional, se acordó cotizar a la misma con cuota mensual de cincuenta céntimos de pesetas, nombrándose el Comité de esta Sección, que, dividido en tres comisiones de Organización, Propaganda y Administración, lleve a cabo y establezca la solidaridad entre las federadas, rigiendo, por ahora, los estatutos de la Regional de hombres.

Se acordó celebrar mañana por la noche otra reunión y no habiendo más asuntos de que tratar, se levantó la sesión, saludando con el mayor cariño a todas las Compañeras y Compañeros del Universo, que luchan por al Emancipación Social.

Teresa Claramunt, Federación López, Gertrudis Fau.

*Sección Varia de trabajadoras anárquico-colectivista de Sabadell
(2.ª sesión)*

En Sabadell local del Ateneo Obrero, a las 9 de la noche del 27 de octubre de 1884, reunidas las compañeras de esta Sección, dióse lectura por las Secretarías al acta de la anterior.

Fue electa Presidenta la Compañera Narcisca Casanovas y Secretarías las mismas de la anterior.

Aprobóse el acta.

Entrando en la orden del día, sobre el tema de organización, la compañera Federación López Montenegro y Tomás usó la palabra y dijo que: «la mitad de la misión humana está sin cumplir, porque la mitad de la familia que es la muger, no ha llegado al puesto que debe ocupar. La instrucción deficiente por causa de las leyes caprichosas del hombre, el falso orgullo de sexo fuerte que a éste domina y el inconcebible abuso que se hace de la muger atrofiándola al separarla de sus deberes naturales para encerrarla a producir en el taller como una bestia, siendo el lascivo desahogo del brutal mayordomo o del explotador sin entrañas, causaban en primer término las degradaciones de la raza, quejándose luego los hombres de sus pesares con lágrimas de cocodrilos, pues todos los males, fanatismos, vanidades, prostituciones, etc., de la muger eran consentidos, cuando no directamente ocasionados, por el perverso egoísmo de los varones».

Atacó enérgicamente las preocupaciones religiosas defendiendo el Ateísmo y definiéndolo de este modo: «La religión de la Humanidad, o sea, amarnos como hermanos, los 1500 millones de personas que vivimos en la tierra».

Hizo depender la emancipación y libertad del 4.º estado de la anarquía, cuyo concepto significó por «destrucción de todo gobierno y dirección política, trocándolas en orden económico». Sobre este punto, y extendiéndose en consideraciones a él pertinentes dijo, que conceptúa poco juicioso el afán de algunas compañeras del extranjero, empeñadas en obtener derechos políticos, porque la misión de la muger es criar y educar hijos valientes, honrados y libres, ayudando al hombre en todas las faenas del consumo y no en las de la producción, que por, músculos, inteligencia, etc., corres-

ponden al hombre. Que el único voto sufragio libre y verdadero sin coacción, reside en la sección de oficio, poseyendo todos iguales derechos y deberes, y cada cual dentro de su sexo.

Respecto a la producción afirmó que: «el Colectivismo es el trabajo en común, la propiedad colectiva de la tierra y de todos los instrumentos del trabajo y recibir o consumir cada persona tanto como produzca».

Hizo después un llamamiento a todas las compañeras diciendo: «La emancipación de las trabajadoras ha de ser obra de las trabajadoras mismas». La instrucción es el arma poderosa con que hemos de combatir el opio venenoso del clero, primer enemigo de nuestro pudor, y la tiranía con que el hombre nos trata.

Terminó saludando con la mayor efusión a todos los Compañeros y Compañeras socialistas del Universo y especialmente a las vírgenes nihilistas, cuya epopeya de abnegación heroica es hoy ejemplo que asombra al mundo inteligente y a los gobiernos de los déspotas.

Seguidamente usó la palabra la compañera Teresa Claramunt y con admirable sentido práctico propuso un medio de comunicarse: la enseñanza mutua sin gastos ni dilaciones, reducidos a que por turnos y en las primeras cuatro horas de la mañana de cada día festivo pasen las compañeras de cada calle a casa de la que estando más instruida dirija a las demás, así en labores como en administración de casa, lectura, escritura, cuentas, etc.

Esta valerosa catalana mereció el aplauso unánime de las compañeras, aprobándose su proposición.

Acordóse seguidamente que la compañera Secretaria del exterior oficie al Consejo de Trabajadores pidiendo el auxilio de una Comisión de propaganda y organización y el adelanto de libretas para cotizar.

Se inscribieron algunas compañeras presentes adhiriéndose a la Varia y se levantó la sesión quedando en reunirse la Asamblea en la forma y épocas que determinan los Estatutos.

Las queridas compañeras que han dado el hermoso ejemplo que queda transcrito merecen todos nuestro pláceme y, lo que estamos seguros, han de dedicarlas los anárquicos de nuestra región y extranjeras.

Al hacernos eco de sus aspiraciones tan justas y legítimas, al ofrecerlas con la más acendrada sinceridad todo nuestro apoyo y concurso, restamos suplicarlas que destruyan pronto entre ellas mismas, los perniciosos hábitos de servidumbre e inconstancia y que sepan ser mártires de la nueva idea redentora de la humanidad.

Los Desheredados, Sabadell, 1-XI-1884

Conferencia impartida en el Ateneo Obrero de Sabadell por Teresa Claramunt

A continuación nuestra compañera federada Teresa Claramunt de Gurri leyó con la misma enérgica entonación que su esposo, las sentidas frases que transcribimos a continuación.

Compañeros y compañeras:

Salud.

Compañeras, decidme que sería del obrero, de nuestro querido compañero sin la asociación; sería amadas mías, ni más ni menos que un burro de carga trabajando de 12 a 14 horas diarias por un mendrugo de pan negro, y hoy no lo es así por suerte, que aunque esclavo no lo es tanto como en el siglo pasado, no porque los burgueses sean mejores, no, que son como siempre o peores, pero no pueden tiranizarlos tanto como quisieran porque el obrero de hoy se instruye, se asocia y se une con sus hermanos de trabajo, el obrero de hoy no se descubre ante el burgués, al contrario conoce que el orgulloso tirano, el miserable usurpador es el que debiera descubrirse ante un obrero, que no hay nada más digno que descubrirse ante la honradez y los obreros son sus representantes.

Pues bien conociendo cuán útil, cuán necesaria es la asociación, yo os pregunto por qué no nos unimos, o mejor dicho por qué no vais todas a vuestra pequeña asociación; dejados de miramientos que a nada bueno conducen, porque compañeras, nosotras que

somos las que más necesitamos la asociación porque somos más víctimas y las más explotadas permanecemos desunidas, ¿Es qué toda la vida hemos de estar así? No queridas mías, hemos de asociarnos para instruirnos y sí no lo hacemos pobres de nosotras, que aborrecida seremos y con razón cuando el obrero esté instruido y vea que no somos dignas de él. La mujer, compañeras, es media humanidad asociada, instruida, adelanta tanto y tanto que si lo pensáramos correríamos a unirnos con nuestros hermanos de trabajo y cuando lo estuviésemos, gritar con ellos guerra a los curas y jesuitas de levita, mueran los explotadores y tiranos del universo, fuera fronteras, viva la revolución social. ¿No es verdad compañeros que os gusta hablar de unión y de revolución social? Pues bien, si os gusta voy a dirigirme a vosotros, y empezaré diciéndoos: ¿Cómo que en este Ateneo sois más de 300 que os llamáis anárquicos y somos tan pocas las asociadas?, todos tenéis esposa e hijas o hermanas, pues si sois como os llamáis anárquicos, ¿por qué no la traéis a nuestra federación?, no valen excusas; querer es poder y si quisierais todas estaríamos unidas y entonces les haríamos ver a las que están fanatizadas lo útil que es para el proletariado no creer en dioses ni en diablos, porque parece mentira y ese Dios que unos adoran por ignorancia y otros por hipocresía, es la causa de nuestra esclavitud; pues compañeros, ¿cómo sin acabar con farsas y embustes queremos ser libres, y cómo serlo sin la unión?, y ya que unión se necesita unámonos todos, no despreciéis a la mujer que aunque nos llamáis sexo débil, unidas con vosotros podemos tanto o más, porque quien enseña las primeras costumbres a vuestros hijos es la mujer, y si es fanatizada ¿qué les enseñará?, lo que nuestras madres a nosotras y se encontrarán que llegarán a ser mayores y habrán de ser esclavos como nosotros y ya veis que esto no es posible, mas si la mujer se preocupa, le enseñará la verdadera senda que debe seguir y así cuando sean hombres no se dejarán insultar como nos insultan a nosotros llamándonos ladrones, siendo los robados, nos llaman asesinos, los que en blanco y mullido lecho no pueden dormir por los remordimientos y sí se duermen despiertan pronto azorados porque han soñado ver un patíbulo y en él ahorcado un honrado hijo del pueblo engañado por él, y a sus pies un hombre justo vilmente asesinado, y otros muchos crímenes que causan horror

sólo al pensarlo. Estos hombres son los que nos llaman asesinos, a nosotros que con jergón y sin sábanas dormimos tranquilos hasta que el silbato nos despierta para ir a dejarnos.

Siendo así, compañeros, unir todos vuestros esfuerzos para que vuestras esposas, hijas o hermanas puedan venir a nuestra federación y todos juntos podamos acabar pronto con todos los cobardes embustes de esta corrompida gente, y por último compañeros, envío un fraternal recuerdo de parte de nuestra federación de mujeres a nuestro amigo y compañero José López Montenegro ya que no podemos tener el placer de oír su agradable voz, y su brillante discurso, ya que la burguesía tirana nos ha privado de este dulce placer, decidle todos: «Compañero, no hay que asustarse, se acerca el día de rendir cuentas, cuanto más nos deban, más nos habrán de pagar».

Esta federación de mujeres te envía sus recuerdos y te saluda deseándote salud, libertad y pronta revolución.

Los Desberedados, Sabadell, 13-II-1885

En la última velada leyó la compañera Teresa Claramunt de Gurri el discurso siguiente:

Compañeros y compañeras:

Salud.

La propaganda es útil, es necesaria, pues propagar es nuestro deber, propagar sin descansar ni un momento, hemos de propagar repito, sin fijarnos ni en la crítica de los imbéciles, ni en la calumnia de los miserables, propagar como sepamos, pero sí que en nuestras palabras o escritos, aunque no exista la ciencia, haya al menos corazón y buen deseo.

El bien de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, hasta ahora compañeros hemos sido engañados por la propaganda hecha por algunos sabios, que con brillantes discursos nos hacían ver miraban el bien del proletariado, y nos entusiasmaban de

tal modo que nuestro entusiasmo no nos dejaba ver el engaño de las dulces promesas y el proletario sin pensarlo aguantaba la escala que debían subir a su sitio ambicionado y, ya allí, ser nuestros más encauzados enemigos. Compañeros si bien hubiésemos pensado que cómo ha de tener amor a la hermosa libertad, quien no carece de ella; cómo querer que odie al burgués, quien no es explotado; cómo tener esperanza de que acaben todas las farsas de dioses y sus templos causa de nuestra primera esclavitud, si quien nos entusiasmaba no era anárquico. Llegó el día de comprender lo bastante el obrero para no dejarse engañar por sus vanas promesas (obras son amores y no buenas razones), obras, sólo nos convencerán, y obras bien claras no hemos de dejarnos engañar por esos farsantes ambiciosos que propagan el bien del proletariado con fingido amor y sólo les dura su celo hasta que pueden comer turrón.

Compañeros vosotros y nosotras somos los que hemos de mirar por nuestra justa causa, entre nosotros no puede haber engaño. Amadas compañeras a nosotras nos toca más parte porque la mujer está mucho más atrasada hoy día que el hombre. Cuantas hay, y con dolor lo digo, que fanatizadas por los absurdos que les enseñaron sus padres viven tranquilas aunque explotadas creídas que el pobre cuanto más trabaja y sufre mejor sitio ocupa en el cielo, estas mismas hermanas de trabajo nos odian a nosotras porque el confesor las dice que el demonio nos tienta, que estamos condenadas y que nos esperan las calderas de Pedro Botero porque no creemos en Dios, y ellas pobres víctimas del fanatismo tan creídas están de que es verdad que cuando nos ven hacen la señal de la cruz, como si fuésemos el mismo Satanás.

Compañeras, a estas pobres víctimas engañadas por las infames sotanas son las que debemos de atraerlas y hacerlas comprender el error en que viven, hemos de decirlas que nosotras creemos en un Dios más recto, más justo, más misericordioso y hemos de hacerles ver la diferencia que hay de su Dios al nuestro.

Nuestro Dios, hemos de decirlas se ve y toca, vuestro Dios es inventado, es tan recto en su justicia que él mismo la aplica adonde conviene, economizándose así el pueblo muchos sueldos que vuestro Dios permite se den sólo las más de las veces para hacer injusticias y atropellos, nuestro Dios es tan misericordioso que da al anciano lo necesario para que si se tiene salud pase felices sus últimos

días; y si está enfermo le da los cuidados necesarios. Al infeliz huérfano de padres honrados y laboriosos que le enseñan el camino del bien; vuestro Dios consiente mueran pobres ancianos por falta de abrigo y pan, y deja ir perdidos a infelices huérfanos que al tener la desgracia de quedarse sin padres quedan ya solos y abandonados encontrando tan sólo en la senda de la vida de abrojos y espinas llegando el fin de su jornada muchos de ellos, rateros, holgazanes, y como que no conocen la hermosa instrucción porque ni siquiera se han rozado con la gente honrada tienen su brazo a disposición del que más oro le da. Eso consiente el padre de los pobres como vosotros llamáis, al que debiera llamarse infame y vil. Nuestro Dios tiene por compañero la naturaleza, por hijo el amor y de estas cosas hermosas se sirve para dar a una mujer el dulce nombre de madre, vuestro Dios para tan hermosa obra se sirvió la vez que se lució más de ridiculez, es decir, de un animal llamado paloma que aunque bonito es animal al fin; nuestro Dios odia el oro por ser metal que ocasiona tantos crímenes; vuestro Dios deja tan sólo llegar hasta él, quien tiene de ese metal para poder decir misa, nuestro Dios da al obrero el producto íntegro de su trabajo, y sólo mata de hambre al holgazán; vuestro Dios al contrario el obrero muere de hambre y de frío, el holgazán es el que mejor come y gasta, y por último, nuestro Dios es la anarquía, bonito nombre y de más bonitos hechos: anarquía hermoso tu nombre sólo da esperanza al corazón del esclavo.

Compañeras hermanas de trabajo víctimas de esos malignos anfibios llamados curas, venid a uniros con nosotras, tirad lejos de vosotras ese miedo que os hicieron coger quien bien no os quiere, fijaos tan sólo en lo poco que os llevo dicho, fijaos también que la anarquía pone ante el hombre la ciencia y la historia y le dice lee y aprende, que hasta que no sepas lo suficiente no te podré pertenecer y no podrás gozar de las delicias que yo proporciono, mas en la doctrina cristiana, lo más esencial para ella es la fe, y qué quiere decir fe, preguntamos, creer lo que no se ve y para que nos guiemos ponen ante nosotros estatuas con los ojos tapados y nos dicen, aprende, aquí jamás quieras saber más, no vuelvas la vista atrás, si lees historia serás condenado, ¡ah infames ladrones que robáis a la inocente criatura la luz de la inteligencia y la hacéis esclava de vuestros asquerosos caprichos! Fijaos bien en esto, que-

ridas compañeras que por poco que profundicéis creo tendréis lo suficiente para comprender lo infame, lo astuto que son los que hasta ahora habéis adorado como un Dios. Les asusta la historia y temen que se lea porque en ella se ven muchas páginas manchadas con sangre vertida por ellos y les asusta la luz para que no veamos sus maldades, les asusta la ciencia porque con ella se instruye el obrero, no quieren libertad más que para ellos, para nosotros esclavitud; y hasta ahora nos ha tenido esclavos con todas las farsas inventadas por ellos, pues basta ya, unámonos compañeras, venid todas para combatir con ese infame clero, venid hermanas de trabajo digamos junto con nuestros hermanos que nos esperan ¡viva la luz! Queremos y deseamos ciencia, mueran los absurdos y supersticiones, muera la ignorancia y la esclavitud, viva la libertad, viva la revolución social. He dicho.

Los Desberedados, Sabadell, 29-3-1885

A la protesta de las madres de familia (I)

A las obreras madres de familia de Barcelona, que con tanta razón protestan del acto de barbarie y salvajismo de que fue víctima la honrada familia del compañero V. Martínez.

Compañeras: ¿Qué obrera, qué madre, no se indignará al leer el violento atropello de que fue víctima la digna esposa del compañero Martínez y las tristes consecuencias que podía tener o, mejor dicho, las que tuvo?

¿Qué obrera no querrá adherirse a la protesta vuestra? Todas en general protestarían si lo supiesen; pero la mayoría tienen el tiempo tan escaso; y viven con tanta esclavitud, que hasta ignoran lo que pasa más allá de su triste y pobre hogar, y así es que no pueden expresar sus sentimientos ni mandar su protesta.

Pero no importa, si hoy no lo hacen, mañana se instruirán y harán más que protestar; vengarán todas las infamias que los privilegiados nos hacen.

¡Madres, a educar a nuestros hijos, decís vosotros en vuestra protesta, y yo digo: Compañeras, a educarnos y asociarnos nosotras para enseñar así a nuestros hijos la senda que han de seguir!

Unirnos como una sola es lo que debemos hacer; la unión es la fuerza; cuando estemos unidas no nos atropellarán, como lo han hecho con nuestra hermana, pues sí es verdad que como mujeres somos débiles, como madres somos muy fuertes.

Compañeras: de la prensa nos hemos de valer para comunicarnos nuestras penas y ver de qué modo podemos aliviarlas. Creo que encontraréis un inconveniente en lo que digo de comunicarnos por medio de la prensa, y digo inconveniente, porque estando como estamos las más de nosotras atrasadas, o mejor dicho, habiéndonos robado el dinero y el tiempo para podernos instruir y saber lo suficiente, carecemos de talento para escribir, sobre todo en la prensa, donde tanto se notan las faltas.

Hermanas de infortunio, también veo como vosotras ese inconveniente; pero como sé que entre nosotras hay compañeras que saben lo suficiente, ellos, sin burlarse de nuestras faltas, porque demasiado saben que la mujer es la que tiene más deberes, y no pude instruirse tanto como ellos, corregirán nuestros escritos en lo que les sea posible; y aunque así no fuese, nosotras hemos de despreciar el necio qué dirán, y mirar siempre que si en nuestros humildes trabajos no existe la ciencia, hay al menos corazón y buen deseo.

Con que lo dicho, compañeras; prepararse para hacer frente a nuestros enemigos, que por cierto no son pocos; pero estad seguras que los venceremos si sabemos ser dignas y dar ánimos a nuestros compañeros para que defiendan sus derechos, que son los nuestros y los de nuestros hijos.

Piérdase para siempre el temor que teníamos las mujeres de que nuestros esposos se comprometieran por el puro egoísmo de quedar solas: pensemos que la Revolución que se aproxima es muy diferente de las otras, pues en ella se ha de acabar con la esclavitud y la tiranía; desechemos lejos de nosotras la idea de que nuestros esposos perezcan en el combate, pues sólo hemos de pensar que vale más acompañar a nuestros hijos a llevar una corona a la tumba de su padre que murió por la libertad, que no verlos a todos esclavos y pasto de la burguesía.

Pues a lo dicho, repito; valor y constancia, unión y lealtad, y mirar no vuelva a suceder la desgracia que sucedió a nuestra hermana, a cuyo dolor me asocio y a vuestra protesta.

Acabe para siempre el opresor, ¡viva la igualdad y la justicia! Paso a la luz, y el que quiera comer que trabaje; ése ha de ser nuestro grito.

Me despido de vosotras deseándoos salud, ateísmo, anarquía y colectivismo.

Vuestra y de la R. S. – *Teresa Claramunt de Gurri*.

Bandera Social, Madrid, 16-X-1885

A la protesta de las madres de familia (II)

Compañeros del Consejo de Redacción de la *Bandera Social*:

Reunidas varias obreras, en su mayoría madres de familia, PROTESTAMOS enérgicamente del atropello de que fueron víctimas la digna esposa e hijos de nuestro compañero Victoriano Martínez en la noche del domingo 13 del pasado septiembre por algunos agentes de ese gobierno que a sí propio se llama defensor de la propiedad y de la familia.

Muy difícil es para nosotras, humildes obreras, faltas de instrucción, hallar frases bastante duras para calificar tal atropello; pero estamos convencidas de que ni en Dahomey se hubiera tolerado semejante acto.

Pero en esta región, que por los desaciertos de los que rigen sus destinos somos el escarnio y la burla de los demás pueblos, es tolerable, y hasta meritorio, el hecho del cual solemnemente PROTESTAMOS.

Orgulloso puede estar el ministro Silvela de tener un personal tan decidido. Pero no por eso debemos desmayar, pues se acorta el plazo para la reivindicación de nuestros derechos y la hora de la justicia con semejantes actos.

Mientras llega ese día, recomendamos a nuestra digna hermana de infortunio, la virtuosa esposa de nuestro compañero, la suficien-

te calma para sobrellevar las penalidades y sufrimientos a que estamos expuestas las que abogamos por la verdadera emancipación de la mujer e inculcamos a nuestros hijos, las que somos madres, gratas máximas regeneradoras, apartándoles de todas las supersticiones.

Cuenta, querida compañera, con nuestro apoyo, tanto moral como material, hasta donde alcancen nuestras fuerzas.

Encarecemos igualmente a todas las obreras del Universo activen la verdadera propaganda del Ateísmo, la Anarquía, Federación y Colectivismo asociándose todas y practicando la verdadera Solidaridad, hasta llegar a la meta de nuestras aspiraciones: la Fraternidad Universal.

Nos despedimos con un saludo fraternal, deseándoos salud, ateísmo, A. F. y C.

Sabadell a Noviembre 1.º del 85

Vuestras compañeras:

Teresa Claramunt, Carmen Anguera, Narcisca Casanovas, Josefa Ustrell, Rosalía Anguera, Eulalia Aballaneda, Madrona Doménech, María Vaigual, Carmen Piñol, Dominga Forgas, Rosa Alemany, Carmen Prats, Agustina Jené, María Vallhonrat, Gertrudis Fau, Magdalena Vidal, Francisca Rosell, Francisca Sitges, Rita Roca, Asunción Ballvé, Magdalena Sallent.

Bandera Social, Madrid, 1-XI-1885

(reproducido también en *Los Desheredados*, 6-XI-1885)

La igualdad de la mujer (I)*

La mujer es inferior al hombre. Sus facultades físicas e intelectuales lo prueban superadamente.

Tal es la afirmación que imperturbablemente lanzan los burgueses siempre que se habla de los derechos de la mujer.

¿Decís que la mujer es inferior al hombre? Eso será verdad, quizá, en esta innoble sociedad en que vivimos. Por la dependencia material a que está sujeta, separada de todas las funciones que no son serviles, reducida a un salario insuficiente, obligada a venderse en casamiento a cambio de una protección a menudo ilusoria o alquilarse para un concubinato en el que sabe ha de ser despreciada, la mujer es, en efecto, inferior al hombre, que goza de monstruosos privilegios.

Imponiéndola una verdadera servidumbre moral, declarándola hecha para someterse exclusivamente a él, ordenándola una sumisión incondicional, que, por consiguiente, le arrebatara toda iniciativa, se la reduce al estado de máquina o se la convierte en un objeto.

Pero ¿creéis, señores burgueses, que este estado de servilismo en que mantenéis a la mujer prueba su inferioridad? Os alabáis de una pretendida superioridad física e intelectual, citándonos triunfalmente las conclusiones de vuestros psicólogos y fisiólogos, conclusiones basadas principalmente en el género de vida tan diferente en que se desarrollan el hombre y la mujer.

¿Creéis, pues, que se puede declarar inferior un ser por el sólo hecho de que difiera de otro, sobre todo cuando esta diferencia proviene de la facultad que le distingue, determinando su función en la vida?

* Esta serie de artículos aparecidos en *Bandera Social* con el título «La igualdad de la mujer» (2/16/2-X-1886 y 25-XI-1886) no llevan firma pero son atribuidos a Teresa Claramunt, ya que su lectura denota las características de su estilo. Sobre esta cuestión se puede consultar: ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1991, p. 303.

Y bien; yo soy mujer, me considero perfectamente igual a vosotros, mis facultades tan nobles como las vuestras y mis órganos tan útiles en la evolución general del gran todo humano.

Si la mujer es inferior al hombre respecto a fuerza, en cambio, como reproductora de la especie, es el primer obrero de la humanidad. Por otra parte, se exagera en exceso la inferioridad muscular de la mujer. Históricamente, la mujer ha sido siempre la principal bestia de carga, y en la actualidad comparte con el hombre los trabajos más penosos.

Porque la fuerza física de la mujer no sea exactamente igual a la del hombre, no se deduce lógicamente que no pueda gozar iguales derechos. ¡Hay en la especie animal tantos seres superiores al hombre! Y dentro de la misma escala racional hay tantos hombres superiores en fuerza física unos a otros, que si hubiera de tomarse dicha fuerza como regulador de los derechos, habría quien tuviera una gran cantidad de ellos y quien no poseyera ninguno.

Esto, apenas se enuncia, demuestra una notoria injusticia que si ha podido pasar en el ayer de la humanidad, cuando la fuerza era el distintivo de la razón; si todavía hoy sobrevive merced a las raíces que las costumbres bárbaras han echado en la sociedad, mañana, ese mañana tan suspirado para todos los que tienen sed de justicia, sólo servirá de afrentoso recuerdo.

Ninguna imaginación que no está obstruida por la aberración más crasa, ningún criterio que no esté ofuscado por el embrutecimiento más inconcebible, puede suponer siquiera que el ser, por ser más fuerte, por tener desarrollado en mayor grado su sistema muscular, ha de gozar de mayores preeminencias, tener mayores goces y disfrutar de mayores prerrogativas.

Que si esto no pugnara abiertamente con las más rudimentarias reglas de justicia, reñido estaría desde luego con el espíritu de igualdad que cada vez más, hasta que llegue a definitivo auge, va informando el modo de ser y las relaciones sociales.

Los partidos reaccionarios y aun muchos de los que se llaman demócratas, republicanos y revolucionarios en cierto grado, son los que fomentan con más ahínco la inferioridad de la mujer y se oponen sistemáticamente a que ésta ocupe en la sociedad el rango que le pertenece.

Y no obstante esta aberración de entendimiento, los reaccionarios, mejor dicho, la clerecía ha conseguido, dominando a la mujer, tener bajo su férula a la sociedad. Así se comprende su tenacidad porque ésta no se ilustre; pues una vez ilustrada y al tanto de lo que son en resumen todas las farsas religiosas, terminaría ese *modus vivendi*, merced al cual los zánganos de las religiones chupan sin cesar el jugo de la colmena social.

¿Cómo es posible que el día que la mujer sepa, por lo que acredita la ciencia, que su hijo, lejos de ganar algo con lo primero a que le obliga la iglesia, el bautismo, se halla en inminente riesgo de, entre otras afecciones, perder la vista, de lo cual hay buen número de ejemplos, le lleve a bautizar?

Pues para que no desaparezca esta gabela, una de las más importantes que recibe la iglesia, se hace necesario que la mujer sea un zote; educadla y las pilas bautismales criarán telarañas de no usarse, y los recién nacidos se desarrollarán tan frescos y robustos con su pecado original encima, debajo, dentro o fuera, que para el caso es lo mismo.

(Continuará)

Bandera Social, Madrid, 2-X-1886

La igualdad de la mujer (II)

Los límites de un periódico semanal son poco a propósito para tratar el complejo problema de la igualdad de la mujer.

Las preocupaciones, arraigadas al cabo de tantos siglos, han constituido, por decirlo así, una segunda naturaleza y, dolorosamente, sufre gran retardo en su camino la marcha del progreso.

Pero algo ha de hacerse, y aunque no nos quepa a nosotros la gloria de ser los iniciadores en un problema tan racional, lógico y humano, no por eso hemos de cruzarnos de brazos; todo al contrario, dada la trascendencia del asunto y la necesidad imprescindible de que la razón se abra paso, allá vamos con nuestro óbolo, con nuestra pique-

ta revolucionaria, a horadar la muralla que interpone el absurdo privilegio a la luz de la libertad, de la igualdad y de la ciencia.

Torpes por demás han andado en este asunto todos los que, llamándose revolucionarios, han relegado la cuestión de la mujer a un completo olvido, desconociendo la importancia que este primer e importante factor ejerce en los destinos humanos.

Las religiones, habremos de repetirlo, más ilustradas en lo que a su beneficio pecuniario atañe, más experimentadas por sus íntimos conocimientos, han dejado hacer a los hombres de pelo en pecho, y seguramente se han reído sus secuaces cuando los oían gritar iviva la libertad! Sabiendo perfectamente que más o menos pronto, aquellos alardes serían dominados por ellos, con fingida mansedumbre, desde el confesionario, y sus prerrogativas no serían cercenadas.

Pudiera aquilatarse la fuerza que la mujer, sin darse cuenta de ello, ha arrojado en el lado de la balanza de la reacción, y muchos, que quizá toman este asunto cual cosa baladí, vendrían a ponerse a nuestro lado, reconociendo paulatinamente, que no es posible una sociedad libre e instruida allí donde la mujer sea esclava e ignorante.

Además de esto, existe una cuestión de derecho en este asunto.

Ha sido tal la necesidad de nuestros antepasados y aun la de muchos que en la actualidad viven para juzgar acerca de la mujer, que parece ciertamente que se han incubado, plantas exóticas, fuera del seno materno. Ciertamente que oyendo a muchos discutir a este propósito se pregunta, no el hombre pensador, no el filósofo, sencillamente el que tiene despejado el cerebro: ¿habrá tenido este energúmeno madre?

Y como, salvo mamá Eva, que ya saben ustedes aquello de la costilla es muy difícil haya existido hijo sin madre, que más fácil existiera sombra sin luz, y como la sociedad se compone de todos estos hijos con madre, no se explica a satisfacción el que los hijos cometan parricidio moral de negar a la autora de sus días, a la que los tuvo en su regazo. Los besó cuando niños, los alimentó con la fuerza creadora de su sangre, la igualdad y la libertad que para sí reclaman.

Cosas absurdas hay en verdad en este mundo que parece vaciado en el crisol de la aberración, pero ésta es de las más piramidales.

¡Y todo debido a la maldita ignorancia, a la deficiente enseñanza, a la involuación sistemática y constante de las puras fuentes de la razón y la ciencia!

Porque esos mismos a quienes decís ¿tú eres partidario de la igualdad de la mujer? Y os contestan, sin pararse un momento a reflexionar, y con la misma prisa que se daba aquel aragonés para alcanzar a su burro, a quien, para que corriera, metió una guindilla en mala parte, introduciéndose otra él en el mismo sitio; pues bien esos mismos que dicen, blasfemando disparates, que la mujer debe encerrarse en su casa, cuidar sus pucheros, y cuando más saber mal leer y escribir, porque hoy la mayor parte de los que leemos lo hacemos por antonomasia, no están conformes con lo que dicen, o mejor dicho, no saben lo que se dicen.

Conviene, aunque seamos un poco difusos en este punto, sentar algunos ejemplos.

Supongamos el enemigo más enemigo de los derechos de la mujer.

Decidle: ¿crees tú que tu madre, sin la coacción que ejerce el matrimonio, hubiera sido honrada y cumplido fielmente los deberes que se impuso al unirse con tu padre? Quizá nos os deje acabar sin responder afirmativamente.

Insistid en la pregunta. Luego si tú supones, fundadamente, que tu madre no necesitaba sino su libérrima voluntad para el cumplimiento de su deber, ¿Por qué las demás no se encontrarían en el mismo caso y, por lo tanto, huelga el cohibirlas y es ridículo el matrimonio, que tiene todo el carácter de una imposición y de una intrusión, en asuntos meramente de conciencia, de personajes a quienes no conocéis, y que a no ser la costumbre, todas esas ceremonias servirían de argumento para un sainete?

Aquí es seguro ya no os conteste tan deprisa. Cuando más, y después de rascarse la oreja, balbuceará como chico que une letras: «Hombre, mi madre, sí; pero las demás..., mira el casamiento es conveniente porque fulano abandonó a zutana estando casado; con que ¿qué hubiera hecho si no está casado?»

Este modo de *raciocinar* (de algún modo hemos de llamarle) es privativo de los constantes obstruccionistas a los derechos de la mujer, y demuestra por sí únicamente los serios fundamentos en

que se apoyan los mantenedores del *statu quo* en materia de derechos femeniles.

Creemos haber demostrado que, de todos los despotismos, no hay ninguno tan inconcebible como el del hijo que sostiene que la mujer, en cuya voz colectiva se cuenta la que le dio el ser, debe permanecer relegada al estado de cosa.

¡El hijo, que no hubiera sido sin su madre, negando sus derechos a la que debe la existencia!

(Continuará)

Bandera Social, Madrid, 16-X-1886

La igualdad de la mujer (III)

Parece que tal exabrupto sólo debiera ocurrírsele a la burguesía, que ni ve, ni oye, ni entiende, ni reconoce otros lazos que los que le proporcionan aumentar algo más el capitalito ganado a fuerza de trabajos y sudores de otros.

Pero aún hay más: hemos presentado el ejemplo del hijo y la madre, porque así debía ser si habíamos de comenzar por el principio.

Dejemos a un lado hermanas y demás, para venir a la cuestión capital: marido y mujer.

Demos de barato que el hijo a quien antes encontramos en su camino vuelve a aparecer para ayudarnos a dar cima a nuestro trabajo.

Es natural suponer no se ha convencido, pues es sabido que el error se aprende con tanta facilidad como es difícil a la razón abrirse paso.

Así, pues, nuestro hombre, si así puede llamarse, sigue en sus trece, sino ha llegado ya a veintiséis o más.

Está casado, como Dios manda, lo cual es una desgracia en los tiempos burgueses que corremos.

Por consiguiente, tiene mujer; es suya (pues no queremos pensar mal), como mandan los cánones.

Ha pasado eso que se llama luna de miel cuando la volvemos a encontrar.

Después de la cortesía del saludo, tratamos de explorar su voluntad en distinta forma que lo hicimos anteriormente.

Al efecto damos comienzo a la información.

—¿Te has casado?

—Sí.

—¿Y qué tal es, no tu futura, sino tu presente?

—Hasta ahora no marcha mal.

—¿Es instruida?

—Hombre, nacida de padres que apenas tenían para comer con lo que trabajaban, tuvieron que ponerla a oficio desde muy niña: así que sólo ha aprendido a guarnecer botas.

—¿De modo que de enseñanza?

—Solamente ha aprendido lo que enseñaban en una escuela dominical, que es poco o nada.

—Y mañana, cuando tenga hijos ¿qué les va a enseñar?

—Ella nada. Yo haré todo lo posible porque vayan a una escuela.

—¿Del ayuntamiento?

—Claro; no tengo medios.

—¿Y no sabes que en esas escuelas lo que aprenden, según están montadas, es muchas cosas de las que no debían aprender?

—No tengo otro remedio. Harto lo siento.

—Aunque no soy rencoroso, voy a recordarte lo que me decías ha ya tiempo al preguntarte si eras partidario de que la mujer tuviera los mismos derechos que el hombre.

—¿Y qué tiene que ver eso con mis hijos?

—Lo verás. Cuando yo te preguntaba eso, no te quería decir lo que generalmente se entiende por igualdad de la mujer. Los anarquistas creemos que ésta, mitad o más del género humano, no debe ser una bachillera, que, como hoy se practica en muchas vecindades, se lleva todo el día de aquí para allá charlando como un sacamuelas y abandonando, por esa hidrofobia de exhibirse, sus atenciones para con la familia y sus deberes como esposa y como madre.

—Pues, ¿qué queréis entonces?

—Queremos que, en lugar de eso que piensan muchos cerebros obtusos, la mujer tenga mucha instrucción, con lo cual no es temible

la libertad; queremos, que así como hoy tiene que enviar sus hijos a la escuela al cuidado de maestros más atentos a cobrar su asignación (salvo alguna rarísima excepción) que a alumbrar la inteligencia de 40 o 50 niños, que asisten a las escuelas por termino medio, pueda educar a sus hijos en los primeros pasos de la vida y prepararlos a mayores estudios; queremos que habiendo desarrollado sus conocimientos, no sólo sea el pedagogo del niño, sino el galeno provisional que, merced a su ilustración, pueda, con ayuda de manuales especiales, atender a los cuidados primeros que requiere la salud del pequeñuelo cuando ésta se quebrante.

—Eso me parece bien; pero lo creo mucho.

—No tal, puesto que nuestra pretensión no es que posea en absoluto todas las ciencias, sino que aquella cuyos prematuros cuidados maternales le impidan adquirirlos en mayor extensión, tenga rudimentarios principios de cuanto es necesario que la mujer que ha de constituir familia necesita. De ese modo no cabe duda que será buena hija, buena esposa y buena madre.

—Hasta ahí estamos de acuerdo: pero yo he oído hablar de amor libre y de no sé cuantas cosas más.

—Iremos llegando poco a poco. Lo primero que hemos convenido es que es conveniente que la mujer sepa algo más que barrer, remendar, espumar el puchero, y no tenga otras luces que las que se necesitan para conversar con las vecinas, que como también carecen de conocimientos, sus conversaciones, tarde o temprano, han de degenerar en eso que vulgarmente denominan chismes de vecindad, originados por lo común a disgustos sin cuento. Que si tuvieran más luces, quizá aprovecharían el tiempo en cosa más útil, por ejemplo, en excogitar los medios de venir en ayuda de la vecina cuyo hijo, hermano o padre se encontrara en el lecho del dolor, o en instruir a los niños que hoy, después de ir a clase, sólo viven en la calle, o en el patio, oyendo lo que no debieran de oír.

—Eso lo entiendo. Pero deseo me orientes respecto a los otros puntos que te he preguntado.

(Continuará)

Bandera Social, Madrid, 23-X-1886

La igualdad de la mujer (IV)

—Pues esa hipocresía y falsedad no es transitoria e individual, sino permanente y casi general.

Si fuera fácil descubrirle todas las miserias que se ocultan en esos hogares donde moran los grandes personajes. Si pudieras sorprender los secretos de esas familias encopetadas cuyos blasones deslumbran. Si penetras en lo íntimo, en lo que se oculta a nuestra vista tras adamascados cortinajes, es seguro vencieras la repugnancia que, al parecer, sientes hacia lo que, por lo mismo que es la encarnación de la justicia, hacen tanta oposición los que tienen el corazón podrido por la inmoralidad.

La alta burguesía es una clase desenfrenada, sin humanidad, sin cariño ni otro lazo que el interés.

Huera en materia de virtudes, exhausta de todo noble sentimiento, envilecida en la malicie más repugnante, no hay freno que la contenga, y así mancha el tálamo nupcial como perpetra en sus orgías y bacanales los más repugnantes vicios, los extremos de goces más inverosímiles y contrarios a la naturaleza.

Según eso, el adulterio es la norma a que se ajustan los que nos predicán con la palabra moralidad.

¡El adulterio! Para nuestros burgueses, el adulterio es una frase inodora. Es un señor a quien saludan respetuosamente si le encuentran de paso y de quien se burlan en cuanto ha traspuesto la esquina.

Mejor dicho, el adulterio es visita de las casas aristocráticas, visita tan constante, que se ha familiarizado ya con los cónyuges. Ni él exige nada, ni éstos le guardan otros respetos que los de la etiqueta más frívola.

Esto te lo explicarás fácilmente si observas que, a pesar de ser tan grande el número de burgueses y burguesas que, por rendir tributo a la nota y al buen tono, cambian con frecuencia de consorte, apenas si oyes se haya celebrado un divorcio.

El adulterio entre los grandes es un mito en el que no reparan

las gentes de alta alcurnia. Cuando más, algunos maridos suelen aprovecharse de él para convertirle en elemento cotizante.

Si la cara mitad es rica, apronta una cantidad como precio a esta libertad, y el tolerante esposo se aprovecha de este dinero para jugar y profanar santidades que aparecen respetables.

Suele acontecer que la fiel esposa, cansada de comprar tan caro el secreto, niegue alguna vez lo solicitado por su indisoluble consorte. Éste se enfurece y la amenaza con que el escándalo va a ser tan mayúsculo que se van a enterar hasta las naciones extranjeras.

Y ya ves, por desarrollada que sea una mujer en el vicio, esto la atemoriza y sigue soltando jugo.

Que es lo que realmente desea el envilecido eunuco para poder satisfacer a su devoción los múltiples caprichos de un ser estragado física y moralmente.

Algo de eso tengo yo oído cuando tenía relaciones con la doncella, pero no me negarás ahora, que si bien eso es cierto en cambio destruye vuestras pretensiones de que a la mujer le es suficiente con ilustrarse para que pueda ser un dechado de moral.

Por lo general, la burguesía es instruida, tiene medio de educarse. Sus hijos frecuentan las universidades, los ateneos, los centros del saber, en fin; sus hijas van a los colegios, no solamente españoles sino extranjeros.

Afinas la puntería, a lo que parece, y quizás sin quererlo, aduces argumentos que no se le hubieran ocurrido a Santo Tomás, gran dechado en teología.

Sin embargo, voy a tratar de probar como esas, que a simple vista parecen razones de peso, sólo tienen una falsa apariencia de doblé.

Desde luego yo no puedo asegurarte, porque no he penetrado siquiera en uno de esos colegios de jesuitas adonde va a parar la flor y nata de nuestros burguesitos, cuál es en detalle la educación que reciben.

Pero a juzgar por las manifestaciones exteriores y lo que la razón indica, puede conjeturarse en parte que ésta no es muy lúcida.

Tú bien conoces que esos sayas negras saben perfectamente donde les aprieta el zapato: habida cuenta de esto, no he de esforzarme mucho para demostrarte que lo que para ellos (las sotanas) desean es que se prolongue la estancia de los muchachos, puesto

que éstos pagan por manutención, residencia y educación sumas crecidas que aumentan el tesoro de los hijos de Loyola.

Así, ya puedes figurarte si pondrán de su parte todos los recursos imaginables para que no se les acabe la bicoca.

Esto de una parte, y de otra ¿qué ilustración puede adquirirse en unos antros donde a porfía se ponen todos los medios para extraviar la razón y hacerla refractaria a las luces de la investigación científica; donde la libertad se subordina al fanatismo; donde, en fin, existe una atmósfera mefítica que emponzoña en su nacimiento las ideas más puras y los sentimientos más nobles?

¿Por ventura este género de educación *sui generis*, sólo concretada al servicio de una clase egoísta, puede proporcionar beneficios a la humanidad en general?

Bandera Social, Madrid, 25-XI-1886

Sección de la mujer

Compañeros de *El Combate*.

He recibido los dos números de vuestro valiente periódico, y he sentido gran placer, porque veo que aunque quiera la tiranía ahogarnos, con su poder despótico, no por eso deja de oírse la voz del obrero anarquista, que con energía, propaga las ideas redentoras: para que su hermano de infortunios despierte del pasado sueño del indiferentismo, y al despertar, pueda ver el triste papel que desempeña, en esta sociedad; el que muy bien puede llamarse un presidio suelto de ladrones, donde el único robado es el obrero porque todo lo produce y nada posee. Adelante pues compañeros: propaganda, mucha propaganda y sobre todo a la mujer, pues mientras la obrera no tome parte activa en los actos revolucionarios, y por lo contrario acuda al repugnante confesionario, poco podréis hacer los hombres. Con que compañeros ánimo, mucho ánimo que tarde o temprano recogeremos lo que ahora sembramos. Os deseo salud, larga vida y pronta R.S.

El Combate, Bilbao, diciembre de 1891 (?)

A la mujer

Si existiéramos en la época en que la fuerza muscular era signo de poder al cual se sometían los de débil construcción orgánica, claro está que las mujeres seríamos inferiores ya que la Naturaleza ha tenido el capricho de someternos a ciertos periodos que debilitan nuestras fuerzas musculares y hacen que nuestro organismo esté más propenso a la anemia. Mas hoy, por fortuna, ningún poder, ningún valor se le reconoce a la fuerza muscular. En el orden político, una mujer endeble, un niño enfermizo, un neurótico, un tísico o un

sifilítico son elevados por la ignorancia a los más altos sitios del poder para dirigir desde allí la nave del Estado.

En el orden moral la fuerza se mide por el desarrollo intelectual, no por la fuerza de los puños. Siendo así, ¿por qué se ha de continuar llamándonos sexo débil?

Las consecuencias que nos acarrea tal calificativo son terribles: sabido es que la sociedad presente adolece de muchas imperfecciones, dado lo deficiente que es la instrucción que se recibe en España, y hablo de España porque en ella he nacido y toco las consecuencias directas de su atraso. El calificativo débil parece que inspira desprecio, lo más compasión. No, no queremos inspirar tan despreciativos sentimientos; nuestra dignidad como seres pensantes, como media humanidad que constituimos nos exige que nos interese más y más por nuestra condición en la sociedad. En el taller se nos explota más que al hombre, en el hogar doméstico hemos de vivir sometidas al capricho del tiranuelo marido, el cual por sólo el hecho de pertenecer al sexo fuerte se cree con el derecho de convertirse en reyezuelo de la familia (como en la época del barbarismo).

Se dirá que nuestra intelectualidad es inferior a la del hombre. Aunque hay pretendidos sabios que lo afirman, hombres de estudios lo niegan. Yo creo que no se puede afirmar nuestra inferioridad siempre que se nos tenga a las mujeres sujetas en reducido círculo, dándonos por única instrucción un conjunto de necedades, sofismas y supersticiones que más bien atrofian nuestra inteligencia que la despiertan.

Hombres que se apellidan liberales los hay sin cuento. Partidos, los más avanzados en política, no faltan; pero ni los hombres por sí, ni los partidos políticos avanzados se preocupan lo más mínimo de la dignidad de la mujer. No importa. La hermosa acracia, esa idea magna hará justicia a la mujer; para la acracia no existe raza, color ni sexo. Hermana gemela de nuestra madre Natura, da a cada uno lo que necesita y toma de cada uno lo que puede dar de sí.

Si supieras, mujer, los bellos resultados que alcanzaríamos si imperase esa idea tan desconocida hoy por la casi totalidad de las mujeres. Si yo pudiera ser oída por vosotras todas, con qué afán, con qué cariño os dijera: «dejaos, amigas mías, de esos embustes

que os enseñan las religiones todas. Desterrad lejos, muy lejos, esas preocupaciones que os tienen, como los esclavos del siglo XIII con un dogal que no os deja moveros para que no penetréis en la senda de la razón. Mi voz no llega a todas vosotras; compañeras queridas, pero seáis las que seáis las que leáis estos renglones que dicta mi corazón que siente y un cerebro que piensa, no olvidéis que la mujer se ha de preocupar por su suerte, ha de leer los libros que enseñan, como son las obras ácratas, ha de asociarse con sus hermanas y formar cátedras populares donde aprende a discutir o para ir aprendiendo lo que nos conviene saber».

Fraternidad, Gijón, 23-X-1899

A la unión de Elche Sociedad Femenina de Resistencia y Socorros Mutua

Compañeras: Por mediación del periódico *El Productor* ha llegado a mis manos una hoja que en conmemoración del aniversario de la existencia de vuestra sociedad habéis dado luz. La lectura de ese hermoso documento ha producido en mi el agradable efecto que produce a la planta la gota de rocío.

He sentido esa dicha indefinida que experimenta el prisionero cuando mira penetrar por entre las rejas de su calabozo los vivos resplandores del astro solar. Como el cautivo los saluda, yo saludo la esplendidez de vuestros pensamientos.

Sí queridas amigas, la que como yo vive consagrada por completo a la lucha contra la mentira religiosa, la explotación burguesa y la bárbara fuerza del poder; que con afán busca a sus compañeras de infortunio, que como yo sufren las iras malvadas de esos colosos que nos degradan, explotan y matan; yo que al regresar de excursiones de propaganda vuelvo a la casita que al casero pago, lacerado el corazón ante el estado de idiotéz en que yace la mujer, que fanatizada por el cura se presta gustosa a ser carne de máquina, y da con

pasividad criminal sus hijos para que vayan a ser carne de cañón, yo repito, que veo a la mujer tan alejada de la senda que por dignidad debería seguir, hay momentos que dudo en que llegará el día en que el sol de la justicia ilumine la inteligencia humana. Y cual no ha de ser mi dicha al llegar hasta mí el eco armonioso de dignas compañeras que como vosotras lanzan estas sentidas notas.

«La estúpida resignación huye de nuestros hogares y entra por el dintel de nuestras puertas bañado de luz, el amor fraternal de todos los humanos. Nuestros hijos, nuestros hermanos, no son hurtaños con nosotras por ser las eternas negadoras de su obra».

«Cuando vuelven a nuestras casas ya no les molestamos con chismes y rencillas de vecinas; como tenemos cosas grandes que ocuparnos ya no hacemos caso de pequeñeces, y como que tenemos un común enemigo a quien batir no reñimos con las compañeras de trabajo».

Esas perlas del sentimiento, de la inteligencia, del amor, y la bondad habéis impreso en el frágil papel que estrecho en mis manos. Yo al leerlas, os agradezco las gratas sensaciones que he sentido. ¡Será verdad tanta belleza! Sí, sí, es verdad que en ese hermoso rincón de España llamado Elche existe una agrupación de mujeres que sienten las hermosas concepciones expuestas. Vosotras habéis escrito, sin duda que de las 41 socias que cuenta la sociedad unas pocas son las que estarán a la altura moral para poseer tales sentimientos, pero no dudo queridas mías que trabajaréis con ardor hasta conseguir que la razón desaloje el rutinarismo del cerebro de vuestras hermanas y a la vez no olvidaréis a las proletarias de las demás comarcas, y si puede ser del mundo entero, porque sólo con la unión de todos los explotados lograremos hacer imperar la fuerza de la razón anulando para siempre la razón de la fuerza que es la que hoy impera.

No dudo de vuestras energías y confiando que sabréis resistir con dignidad todos los ataques que os hagan y combatir todos los atropellos que se intenten contra vosotras, y que lucharéis siempre con denuedo hasta llegar a la meta de nuestras justas aspiraciones.

Os saluda fraternalmente vuestra compañera.

El Productor, Barcelona, 19-X-1901

Una esperanza

En el transcurso de dos años he recorrido un gran número de poblaciones de la región catalana y de otras provincias, y al ver a la mujer tan divorciada de las cuestiones que tanto o más que al hombre le atañen, sentía en mí un pesar inmenso. ¿Será posible, me decía, que la mujer obrera, la explotada, no sienta el deseo vivificador de ser libre? Esos agentes malditos que con sofismas le han atrofiado el cerebro, habrán muerto en ella también todo sentimiento de amor y de dignidad.

No: la mujer obrera, la esclava moderna no ha muerto para la lucha.

El canto de la sirena las había aletargado, pero no había extinguido el sentimiento noble de las hijas del pueblo, que en todas las luchas han alentado al hombre. Me consta que en algunas poblaciones la mujer obrera acude presurosa a unirse con su hermano de penas, el hombre, para hacer frente al enemigo común, el parásito, pero no había podido ver de cerca el despertar hermoso de mis compañeras de infortunio.

A las obreras de San Martín de Provensals debo esa dicha inmensa que en el momento de escribir estas líneas embarga dulcemente todo mi ser. Esas dignas hijas del pueblo que durante muchos años habían sido explotadas por el más ruin de los tiranos, el tirano de blusa y alpargata, esas mujeres, repito, que asociadas una porción de años en asociaciones dirigida por vividores que, además de absolverles las cuotas las tenían en continuo engaño, hoy desligadas de aquellas cadenas que no dejaban dar curso a sus sentimientos, a sus aspiraciones, a sus iniciativas, vuelven la vista a la verdadera senda, o sea a la asociación libre, para mejorar su condición como obrera e instruirse para poder un día ser mujeres libres.

Obreras de Cataluña, de España, del mundo entero, la conducta de las obreras del Arte Fabril de San Martín de Provensals (Barcelona), voy a exponéroslo a grandes rasgos para daros alientos demostrándoos sus recientes hechos que la mujer es un ser igual al hombre.

Desengañadas las obreras del Arte Fabril de esos falsos redentores *adormideras* que tantas cuotas les habían mermado, estuvieron un tiempo desorientadas, divididas sus valerosas fuerzas, aguantaban con forzada calma la avaricia burguesa que de día en día las explotaba más y más, pero bastó un día que la voz amiga de dignos luchadores llegase a sus oídos, para que todos sus sentimientos de dignidad proletaria sofocada hasta entonces por el ruin ambiente de la desconfianza se despertase con potencia y con gran entusiasmo acudieron a la nueva asociación. La burguesía indignada de que sus esclavas se pusiesen en condiciones de lucha, intentó matar la primera labor realizada por un puñado de dignas obreras. Un burgués despidió a siete de sus operarias, que fueron las primeras que se habían asociado, y a las pocas horas de tal hazaña burguesa el presidio moderno (vulgo fábrica) de aquel explotador, quedaba sin movimiento, pues ni una hizo traición a sus compañeras despedidas. Las obreras de las otras fábricas al enterarse de lo sucedido acudieron en gran número, y con tanto entusiasmo a ayudar a sus compañeras que se obligó a la burguesía a detenerse en su plan de ataque. Cuatro reuniones celebraron las huelguistas y a ellas acudieron un número tan grande de obreras a ofrecer su solidaridad moral y material, que yo os afirmo que jamás he presenciado cuadro más entusiasta que el que me han proporcionado mis queridas compañeras del mencionado barrio de la liberal Barcelona. Las condiciones presentadas al burgués Nadal, que fue el provocador de la huelga, fueron en todo aceptadas, obligándole además a hacerle pagar 125 pesetas a que ascendían los gastos de las cuatro reuniones que habían celebrado.

Seis días de lucha enérgica han bastado para hacer morder el polvo al tirano explotador. Al día siguiente de la victoria, o sea el lunes de la presente semana, se celebró un mitin en una espaciosa sala; más de mil quinientas mujeres acudieron al acto; once horas de trabajo en la fábrica, los quehaceres de la familia y la gran distancia que mediaba entre la fábrica y el local en que a las valerosas proletarias que con su presencia y actitud dieron un mentís a los que creen que las mujeres no pueden ser libres, porque son débiles e ignorantes, lanzando el reto a la burguesía que durante tanto tiempo les había explotado con todo descaro.

¡Obreras de Cataluña, de España y del mundo, imitad a las obreras del Arte Fabril de San Martín, os repito!

Y vosotras, dignas compañeras mías, recibid el testimonio de mi más sincero compañerismo. ¡Continuad hasta ser libres!

El Productor, Barcelona, 30-XI-1901

Con buen rumbo

La nave proletaria sigue buen rumbo. Las mujeres de hoy no son ya un estorbo para la lucha que los hombres entablen contra el explotador, por el contrario, su proceder les da aliento. Las obreras del arte fabril de San Martín están realizando una tan majestuosa obra, que segura estoy, hará despertar empujándolas hacia la verdadera senda, a las mujeres todas que en otros oficios y artes sufren los rigores de la explotación y los atropellos todos de los modernos feudales.

El sábado pasado mil setecientas mujeres acudieron al local interino que tiene la comisión, para cotizar la cuota de 10 céntimos, que de momento se considera necesaria. Los propagadores e iniciadores de la nueva organización, de acuerdo con la junta y con el aplauso de las asociaciones, han creído conveniente no crear cajas de resistencia porque el céntimo no puede luchar con el millón y, además, el dinero retenido es como el agua encharcada que cría *miasmas*. Las valientes obreras de San Martín reconocen que para luchar contra el burgués y vencerle se necesita energía, conocimiento de lo que somos y de lo que deberíamos ser, y una unión, no rutinaria sin fin, porque cuando existe afinidad y energía toda esa fuerza bruta que los ladrones legales tienen organizada para sofocar el grito de justicia que sale del pecho del obrero, de nada sirve ante la valerosa fuerza de la razón que lleva consigo el obrero convencido de sus derechos. Al efecto, han acordado que el dinero recaudado sirva para llevar a todos los pueblos donde existan esos presidios modernos denominados fábricas, el grito sublime que de unión y fraternidad entre los explotados sale del corazón de las obreras mencionadas.

Como sea que San Martín contiene una extensión tan grande y que en todo los extremos hay fábricas, y por lo tanto habitan proletarias, la comisión organizadora acordó celebrar dos mítines en la presente semana, uno el lunes en el barrio denominado del Clot y otro el martes en el Pueblo Nuevo. El mitin del lunes fue concurridísimo hasta el punto de que muchas mujeres no pudieron entrar en el local. La compañera que presidía suplicó a los compañeros que hicieran el favor de retirarse para que las compañeras pudieran ocupar sitio, reinando tanto entusiasmo que muchas que se habían mostrado refractarias se asociaron en aquel momento.

El mitin del martes fue de esos actos que el que lo presencia no puede olvidarlo jamás. En el local donde se celebró el acto no había más que un escaso número de sillas, pero esas heroicas hijas del trabajo permanecieron en pie estrechándose unas a otras y presentando aquel espacioso salón una compacta masa de carne humana. Hasta las nueve duró el mitin y hasta dicha hora estuvieron todas sin la menor demostración de cansancio, sin haber cenado, cansadas del trabajo y con mil obligaciones domésticas que las aguardaban y con los gritos de un padre déspota o un marido tirano que muchas de ellas, sin duda hallarían como premio a su digno proceder.

A la salida del mitin se repartió una hoja de propaganda, de estas hojas se ha hecho un tiraje grandioso para distribuirlas en todos los pueblos donde hay fábricas como medio para hacer llegar por allí el eco de este movimiento.

La comisión cumplirá las aspiraciones de las asociadas, que como se lleva dicho es la de ponerse en relación de todas las obreras del arte fabril de Cataluña y más tarde de toda España, para llegar por último a la unión internacional, convencida de que donde hay un explotado hay un hermano y la obra de emancipación universal ha de partir de la unión de todos los oprimidos.

El Productor, Barcelona, 7-XII-1901

De la mujer

La mujer, alejada de toda lucha política social durante siglos y más siglos, tan solo honrosas excepciones rompieron los estrechos modelos del rutinarismo, tomando parte activa en las contiendas.

Las luchas de todas las épocas han tenido sus heroínas, pero han sido como ya llevo dicho, honrosas excepciones, ya que la generalidad de las mujeres, esclavas del fanatismo religioso, sólo se han preocupado por el lujo, la vanidad y la chismografía. Poseídas de esos prejuicios, más bien que aliciente que en la lucha por la libertad alentara a su compañero el hombre, éranle un estorbo, y muchas veces su mayor enemigo, ya que por su ignorancia se convertía en delator del esposo, del padre, o del hermano, que el enemigo de la libertad hacía servir para sus fines ruines, valiéndose de la confusión o ya por otro medio ruin cual éste. ¿Pero es responsable la mujer de sus defectos, hijos de la ignorancia?

No, no lo es; ya que el hombre ha visto en ella tan sólo un instrumento de placer.

A la mujer se la esclaviza desde la infancia, con pretextos de que a las niñas no les está bien ciertos juegos, juegos que fortificarían sus músculos, pero los padres preocupados por una inhumana moral retienen junto a la madre a la niña que sentadita ha de jugar a mamás con sus muñecas. En el colegio igualmente, la niña recibe una educación mucho más deficiente que el hombre ya que entre rezos y labores le hacen emplear todo el tiempo. Cuando ya mujer, continúa presa en las redes del rutinarismo.

Si ama y no se ha fijado en ella el objeto de su amor, debe ahogar en su corazón ese juego magno, vida de la vida. Sólo al hombre le es permitido exponer el estado de su ánimo, sólo al hombre le es permitido declarar su amor, sólo al hombre le es permitido solicitar al ser por el cual siente afinidad. ¡Cruel privilegio! ¡Inhumana desigualdad!

Luego al tomar estado, pocas veces se le consulta si ama, únicamente se le expone la conveniencia.

Ya casada, se encuentra en el orden doméstico, como los hombres en el orden político, que mudan de gobiernos con el afán de mejorar, y luego se aperciben que sólo han mudado de amos. Por igual la mujer, al pasar de soltera a casada, muda de tirano. Luego cuando en las luchas encuentra el hombre que su mujer le obstrucciona, le mortifica con sus argumentos rutinarios, y la ve ignorante hasta el punto de no sentir amor por la libertad, ni entender siquiera las consideraciones que le hace el marido. Éste maldice la ignorancia y maltrata a la que en realidad representa la víctima, porque en verdad el único responsable es el hombre. Pero el progreso que, aunque lentamente, sigue su incesante marcha, ha demostrado que las leyes de los hombres que excluyen de su seno a la mujer, son ridículas y falsas, y si de momento satisfacen la vanidad de ese tiranuelo llamado hombre, luego lo esclaviza y lo anula para las grandes empresas en pro de la libertad. Los hombres pensadores así lo han comprendido, y ante la aterradora experiencia que les ha proporcionado el ayer, sepárense de la política, de las costumbres viciosas y de todo lo que informa esta sociedad bárbara y corruptora, y acercándose a la mujer, la elevan, haciéndole comprender las hermosas concepciones del ideal Libertario, que en armonía con las leyes de la Naturaleza, los iguala y une con los lazos de la verdadera Justicia y del Amor.

Humanidad Libre, Valencia, 8-III-1902

A la mujer

No porque a ti dedique este trabajo significa que únicamente tú vives inficionada de los prejuicios que pienso exponer. El hombre no está libre de ellos, cuando menos su inmensa mayoría, pero como puede mejor que la mujer considerarse más libre para seguir desprendiéndose de los errores heredados sacudiendo el ambiente mefítico que nos rodea, de ahí que me dirija a ti solamente, mujer desventurada, para contribuir con los escasos recursos de mi inteli-

gencia, a que te des cuenta del daño que tu estado de ignorancia produce, con todo y ser tú el ser más sensible y predispuesto a todas las abnegaciones.

Infeliz mujer. Si a la ciencia le fuese posible sacar un cliché de los crímenes que causan los errores que te ha inculcado ese buitre con faldas, llamado clero, seguramente que huirías atemorizada pidiendo un escarmiento para aquellos que pervirtieron tu cerebro y adulteraron tus naturales sentimientos. Les odiarías, sí, y si no tuvieras armas con que destrozarlos, tus uñas o tus dientes, imitando a la leona que ve arrebatados sus cachorros, harían destrozo en el cuerpo de los que asesinaron tu belleza moral. La causa principal de donde dimanen tantos males es la resignación. Ante ella la esplendidez de la vida, del sentimiento, se desvanece; ante ella son arrebatados nuestros hijos, los seres más queridos, ante ella el goce es una mueca; la risa un sarcasmo.

Influye tanto la resignación en nuestro mal que a cada momento nuevos dolores me conmueven. Un día encontré llorando a una madre a quien conocía. ¿Dónde vas?, le dije, ¿qué significa este traje negro? —Me mataron un hijo los insurrectos de Cuba—. Lo siento, pero ¿por qué le dejaste partir? —Qué quieres, me quedaban dos todavía en casa y como creíamos que no todos iban a morir nos resignamos con nuestra suerte. Siento mucho su muerte, pero cuando veo tantos infelices repatriados tísicos y sin piernas y sin brazos, doy gracias a Dios porque a lo menos mi pobre hijo murió sin sufrir tanto—. ¿Y das gracias a Dios?, pues hija, tu resignación y tu agradecimiento te colocan, moralmente hablando, a más bajo nivel que las bestias.

Me alejé de aquella imbécil y a los pocos instantes tropecé con una mujer que había sido mi compañera de trabajo. Ella saludó primeramente dándome la grata nueva de que su hijo había regresado de Cuba. ¿Y qué tal se encuentra? Pobrecito, está muy delicado e inútil de una pierna; pero estoy muy resignada porque cuando menos he podido volver a verle, dando gracias a Dios porque no ha muerto en la maniobra.

¿Puede darse una más patente demostración de lo que es perjudicial la resignación? Si estas dos madres no hubieran sido educadas en los absurdos de la religión, cuando sus hijos fueron llamados en virtud de leyes infames hubieran meditado acerca del caso extremo

a que se les sujetaba; hubieran procurado darse cuenta de lo que son las guerras, el peligro de muerte que amenazaba a sus hijos y más que todo les hubiera asustado la terrible misión que iba a ejercer el hijo amado al convertirse en soldado. Y claro está que al investigar estos casos hubieran terminado por no resignarse a que el hijo acudiera al fatal llamamiento convencidos de las infamias que en nombre de la patria se cometen.

Esto lo tienen previsto los malditos parásitos que se mantienen de la infelicidad de los pueblos, y por esto vémosles colmar de beneficios al clero porque con su influencia maten los instintos naturales, todo amor, todo belleza y atrofién del corazón los sentimientos más puros.

¡Qué pobre condición es la nuestra! A todos momentos las clases inferiores nos ofrecen prácticas enseñanzas. ¿Cómo creer que el pájaro o la hormiga consintieran que seres de la misma raza arrebataran sus hijos? En el mundo de los irracionales podrán exterminarse los seres pero no en los de la misma raza. Éstas en sí se unen, se estrechan, se defienden contra las más fuertes. Únicamente la raza humana se devora entre sí; extraña a toda realidad; sumergida y envuelta por la estúpida resignación, de la que sufre cruel castigo la mujer.

En sucesivos artículos expondré nuevas consideraciones.

El Productor, Barcelona, 24-X-1903

¡Quintas!

Con características gruesas han aparecido estos días en las esquinas unos cartelones encabezados con esta palabra que destila sangre: ¡Quintas!

Es el maldito orden social existente en que todo se comercia, claro se explica que el dolor, el crimen, lo monstruo aparezca también como artículo de explotación.

Unos cuantos señores constituidos *dignamente* en sociedad *legalizada* llaman a ella a todos los mozos que han alcanzado la edad en que se obliga a pagar contribución de sangre, tributo horroroso e

inhumano, y no se les llama para demostrarles toda la monstruosidad que se oculta en estas dos sílabas unidas ¡Quintas!, sino para que aflojen tres mil reales que puedan redimirles del servicio de las armas.

De la misma manera, pues, que el Estado autoriza el funcionamiento, en su domicilio público de sociedades de especulación repugnante, voy a permitirme con mi pluma, desde las columnas de la prensa obrera, dirigir una elocución a los mozos, a sus familias y en general a las mujeres todas.

Vosotros jóvenes, los que sois arrancados del hogar en nombre de una *patria madrastra* para reclueros en sucio cuartel donde van a convertirlos en autómatas y homicidas hombres, los que recordáis las vicisitudes que en el cuartel pasasteis aprendiendo que únicamente el tunante, el verdadero tunante, logra esquivar la crueldad de un reglamento, madres, las que lloráis lágrimas de sangre al ver arrebatados a vuestros hijos, vuestra esperanza, vuestra alegría, mujeres todas, las que por poseer corazón noble y generoso os conmueven las lágrimas de esas pobres madres y el dolor de las familias desposeídas, imaginad que no sólo se reduce el reclutamiento de los mozos a vivir alejados un par de años de sus hogares, interrumpidas sus aficiones por esta lapso de tiempo, sino que acusa otro más grave daño, una peor deformidad que corroe el cuerpo social.

La inmensa mayoría del pueblo no descubre el bajo fondo de las perversidades morales que estremecen el general sentimiento. El obrero moderno igual que cuando se le llamaba esclavo, siervo, o ilota, ha sido siempre el proveedor de toda esa caterva de parásitos que comen a dos carrillos, en tanto que el único productor ha carecido de lo más necesario apareciendo sometido siempre al desconocimiento de todas las cosas útiles y agradables. En este estado sobre él pende tanto más espantosa cuanto más floreciente brilla el progreso de la mecánica, no advierte el desequilibrio que este progreso en relación a su ignorancia va imponiendo ferozmente en el campo de sus necesidades, traduciéndose en conflicto pavoroso al ver sustituida su fuerza muscular por los brazos de hierro de las invenciones mecánicas que arrojan cada trabajo un sobrante aterrador de obreros sin trabajo. Realidad triste que debiera rasgar la venda que ciega los ojos de las huestes proletarias, para que se convencieran que todos los desequilibrios, todos los conflictos, todos los peligros sociales

son originados por la crueldad de un régimen cuyos partidarios confían verse amparados por el desasosiego continuo entre sí de los hambrientos, de los eternamente expoliados y disciplinados.

Madres, mujeres, proletarios todos; de nuestra carne se compone el poder brutal que ahoga la razón; nuestros hijos, nuestros hermanos son renovados anualmente para embotar sus sentidos y emponzoñar sus cuerpos. El arma que empuñan tienen que esgrimirla contra nosotros mismos, unas veces estorbando las necesarias luchas, y en muchas traicionando nuestra causa, convirtiéndose en *esquirol* sustituyendo el lugar que por dignidad, por deber de justicia, hermanos suyos han abandonado.

Las mayores iniquidades ineludiblemente tienen que desaparecer. La contribución de sangre debe abolirse prontamente. Si vosotras mujeres del pueblo no reconcentráis vuestro pensamiento y os negáis a medir el porvenir que os espera, la mísera situación que os rodea, lo que se ordenará a vuestros hijos en cuanto el hambre violenta vuestras fibras y empuje la desesperación vuestros cuerpos, terrible periodo que amenaza estallar próximamente, imaginad que vuestros propios hijos, los propios hermanos, nuestros compañeros de trabajo nos asesinarán en medio de la calle con gran aplauso de los burgueses, de los gobiernos y de la tiranía de los jesuitas que desde hace mucho no cesan en pedir más caballería y más infantería porque prevén la hecatombe que se aproxima, dada la feroz concurrencia de brazos, si no se llega pronto al exterminio de cuantos no se resignan a morir de hambre.

No ignoro la suerte que se nos reserva a cuantos sostenemos esa campaña redentora, la más noble de todas. Cuanto más arrecien las persecuciones, los consejos de guerra, las medidas draconianas, más alta debemos poner nuestra voz, hasta que la justicia, la paz y el amor universal embellezca la vida de los humanos.

¡Oh, mujeres!, haced que vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros amantes no vayan a embrutecerse, retenedlos a vuestro lado.

El día que así se piense y obre, todos los pedestales donde se refugian los cuervos que se nutren de carne humana, de la carne nuestra, se desplomarán sin que nadie jamás intente rehacerlo.

El Productor, Barcelona, 6-II-1904

La mujer Consideraciones generales sobre su estado ante la prerrogativa del hombre

Al ocuparme en este trabajo del estado actual de la mujer, me propongo emplear un lenguaje despojado de todo convencionalismo, procurando disipar errores de su educación y combatir su ignorancia, de consecuencias tan funestas. Así juzgo verificar una labor purificadora, de trascendencia social, ensayando a la vez un estudio de las causas por las que se sostienen tales errores, a fin de que puedan ser racionalmente combatidos y evitándose los perniciosos efectos, los continuos sufrimientos que recaen sobre nosotras.

Deseo que, ni por asomo, se sospeche que mi propósito sea zaherir a cualquiera, sea hombre o mujer. Nada de esto.

Cierto que el hombre es, a mi entender, el directamente responsable del infeliz estado de la mujer, pero una cierta indulgencia, que en justicia se debe a la inconciencia, me aconseja ser comedida en el ataque sin sacrificar, empero, la verdad tal como la siento en esta capitalísima cuestión que paso a someter a mis lectores.

Si en un cuerpo humano, por cualquier causa, se produjese una alteración en la circulación de la sangre, más pronto o más tarde sobrevendría una perturbación de todos los órganos. De no imponerse una enérgica reacción, seguiría bien pronto un decaimiento fatal de fuerzas, hasta llegar a la anulación del individuo. Esto es lo que actualmente, por comparación puede decirse del cuerpo social.

Por efecto de los errores primitivos, fue alterada la acción de las fuerzas vitales, provocando naturalmente la perturbación que a través de los siglos ha venido viciando todos los órganos hasta paralizarlos. La muerte, por tanto, es inevitable pero no la muerte natural conforme a la evolutiva transformación de la materia, sino la muerte violenta, acompañada de desesperaciones, muchas veces trágicas, siempre crueles.

Así lo han comprendido también muchos hombres, que han ensayado medios y propuesto diversos sistemas para purificar el ambien-

te; es decir, han tratado de vigorizar el cuerpo social. Pero, desgraciadamente para todos, excepción hecha de los anarquistas, ninguno ha logrado otra cosa que complicar la enfermedad, por haber limitado el remedio a una aplicación de emplastes, siendo así que lo que necesita el enfermo, el cuerpo social, es la acción del bisturí cortando mucho hondo.

Para rehabilitar el cuerpo social precisa liberarle de la gangrena que le consume. Es un caso rudimentario que el comprenderlo necesita pocos alcances.

Antes de internarme en tan áspera cuestión, debo hacer notar que cuando hablo del atraso de la mujer española no significa que yo reconozca emancipada a la mujer de otros países. Harto sé, y con dolor lo digo, que la perfección es imposible donde quiera que la explotación exista.

Nadie ignora ya que el capitalismo se nutre de miseria; y mientras haya miseria, la ignorancia y la prostitución en todos sus aspectos no faltarán, ahogando el sentimiento de los justos. El dolor nos afligirá mientras subsistan hombres que soberbiamente digan: esto es mío.

Pero volviendo a la cuestión, como yo no poseo un conocimiento exacto del estado de la mujer en los demás países, salvo el muy imperfectamente adquirido de la de Inglaterra y Estados Unidos, donde las veo afanosas por dignificarse, mis consideraciones se referirán directamente a la mujer española, cuya degradación física, moral e intelectual debiera causarnos pena inmensa.

¿Cuál es la principal causa del mísero estado en que vemos a la mujer, no obstante los asombrosos progresos de nuestros tiempos?

Éste será el primer punto que intentaré desarrollar, dudando que consiga hacerlo como debiera, dado que el trabajo es superior a mis fuerzas, trabajo al que me entrego por irresistible afán de cooperar en toda obra que tienda a conseguir el derrumbamiento de la inhumana sociedad presente.

La principal causa del atraso de la mujer está en el absurdo principio de la superioridad que el hombre se atribuye. Sobre esta base falsa constituyóse la sociedad actual; y por tanto, los resultados forzosamente tenían que ser contrarios a todo bien común.

Este falso y perjudicial principio de la desigualdad ha venido imperando hasta nuestros días, extendiéndose hasta caer en el ver-

gonzoso extremo de dividirse los hombres en clases y subdividirse éstas al infinito, por la separación que crea el torpe afán de excederse cada uno a los demás. Una vez cultivados por los hombres los antagonismos de sexo, los frutos habían de envenenar su espíritu, haciéndoles despóticos y tiranos con sus semejantes. Empezaron siéndolo con las mujeres, por ser más fácil, pero luego el afán de dominar les ha hecho feroces.

La mujer es y ha sido para el hombre un ser incapacitado para todo y, salvo muy honrosas excepciones, nadie durante tantos siglos la ha defendido de esa usurpación de facultades. Se la ha considerado como eterno niño.

Si no temiera quebrantar mis propósitos, mucho podría aducir para evidenciar que la pedantería es la que ha llevado a muchos a creerse sabios; pero prefiero citar, como caso opuesto, el de mujeres que frecuentan las cátedras, ejercen la medicina con tanta capacidad como el hombre, estudian con provecho las ciencias físicas, químicas y matemáticas, y ocupan distinguidos puestos en la literatura y el periodismo.

Tuvo su origen este absurdo de la superioridad masculina en las remotas edades, en que la fuerza muscular se consideraba cualidad preferente, y hasta se llegó a divinizarla. Con tan funesto prejuicio el instinto de dominación fue manifestándose en los hombres de mayor fuerza, dando lugar a que los menos fuertes recurrieran a la astucia y determinando esa fatal tiranía que la mujer no pudo rechazar por la extrema delicadeza de sus órganos y por las molestias que le imponen la naturaleza, contribuyendo a debilitarla. El caso es que ese estado de tiranía ha prevalecido hasta nuestros días, y la civilización ha conseguido únicamente darle un matiz más hipócrita.

Provisto el hombre de falaces recursos, ha continuado viendo en la mujer un ser inferior, y entronizado en su orgullo la ha llamado y le ha dicho: «Yo soy tu amo y señor; tú no puedes intervenir en los asuntos públicos, porque no posees el talento necesario; tú no puedes legislar, ni siquiera disponer tus bienes, porque te han reconocido incapacitada. Tú, hija, o esposa, has de ostentar mi nombre, igual que lo ostenta el perro en el collar o el caballo en la manta que le cubre el lomo, así como estos animales si pudiesen hablar, dirían “yo soy de fulano”; así también debes decir tú “yo soy fulana de fula-

no”, y tus hijos llevarán mi nombre, me pertenecerán. Eres mía en el sufrimiento, eres mi esclava».

«Soltera lo eres de tu padre, casada pasas a serlo del marido, y ambos te hacemos depositaria de nuestra honra que conservarás como conserva la gaveta el dinero que en ella depositamos. Tanto el marido como el padre tendremos derecho a matarte si con tus actos mancharas nuestro nombre, y si este nombre te lo entregamos deshonrado tú debes ocultarlo aceptándolo con sumisión y respeto. No tienes derecho a quejarte, y menos a castigarme como te castigamos nosotros, porque nosotros tenemos la libertad de que tú careces y nos es permitido sin desdoro lo que en ti merecía todos los reproches y los castigos más crueles».

Creo imposible representar más gráficamente la brutal glorificación de las prerrogativas masculinas. En las líneas anteriores aparece la vida real en toda su desnudez, con todos sus repugnantes prejuicios. Es fácil discutir cuando se trata de establecer teorías, pero ante los hechos brutales, expuestos ruda y fielmente, es imposible la objeción.

De poco le ha servido al hombre la cultura de la civilización, cuando ni siquiera ha sabido hacer frente a las dificultades de la lucha social por él mismo provocadas y, en vez de elevar a la mujer a la emancipación, la ha arrojado a lo más cruel de la explotación capitalista, imponiéndole los trabajos del campo, de la mina, de la fábrica, y cosa peregrina para los que rebajan sus facultades, en estos trabajos la mujer prueba capacidad también, como lo ha demostrado para el desempeño de otras funciones más delicadas, evidenciándose, finalmente, la poca importancia de la fuerza muscular ante los portentosos progresos de la maquinaria y admirables prodigios de la electricidad.

El esfuerzo muscular no se cotiza a ningún precio desde que los brazos de hierro relevan a los del hombre. Es por lo tanto injusto mantener el prejuicio de la superioridad muscular.

La mujer tiene aptitudes como las tiene el hombre, y las diferencias entre unas y otras no son más que modalidades distintas necesarias para la marcha progresiva de la humanidad.

Desde su nacimiento hasta la muerte debiera el hombre vivir en armonía con la mujer; y hoy más que nunca, porque las fatigas de la

explotación han llegado a hacerse comunes. Todas las fatalidades del régimen presente caen por igual sobre el hombre y sobre la mujer. Ninguna se salva del dolor, que la mala organización produce. ¿Por qué, pues, vivir desacordes cuando las necesidades de la vida les llevan a estar juntos? Este desacuerdo es funesto, redundando en perjuicio de todos.

Es hora de que el hombre se dé cuenta de que el relegar a la mujer a un rincón del hogar, divorciándola del movimiento social por considerarla de condición inferior, contribuye a proteger el mal y el vicio, que él no ha sabido corregir después de tantos sistemas como se han usado y desacreditado.

Juzgo haber apuntado con lo expuesto hasta aquí el origen del falso principio que coloca al hombre en condición superior a la mujer. Veremos ahora las consecuencias que han resultado de esta falso principio.

Toda desviación, así en el cuerpo físico como en el cuerpo social, produce perturbaciones graves, profundo malestar.

Por haber aceptado el hombre sin análisis las costumbres que los antiguos habían establecido como justas, cuando en verdad son contrarias a todo sentimiento natural, vióse sorprendido por un profundo malestar, y al sentir la necesidad de poner remedio no pudo conseguirlo, porque todas las leyes que formulaban tendían perfidiosamente a la limitación y al castigo. No combatiendo la causa, continuaban los perniciosos efectos.

La mujer que enseña a pronunciar las primeras frases al niño que ha de ser hombre, la mujer que modela en la primera edad el cerebro y da perfume al corazón, la mujer santificada por el beso, símbolo de pasión sublime, como amante y como madre, la mujer en nuestra sociedad ocupa un puesto humillante y en vez de adquirir respeto en sus relaciones con el hombre, se la continúa tiranizando hasta crearle una moral falsa que, enturbiando sus delicadezas, engendra irresistibles dudas, cuyas nerviosas sacudidas emponzoñan la sincera manifestación del cariño, envolviéndola con resquemores de egoísmo y de infidelidad.

No puede la espontaneidad dar sus hermosos frutos en una sociedad donde un falso honor ha muerto los impulsos más fuertes, los más santos, porque de ellos dimana la vida; donde hasta la con-

dición de madre, ¿por qué no decirlo?, se obtiene por las reglas del cálculo. Estado horroroso del que, sin justificar la resignación de la mujer, el hombre es el primer responsable.

So pretexto de guardar la moral, que no es otra cosa que una pantalla de la hipocresía, se ha descendido al crimen sancionado por la más estúpida indiferencia.

Muchas mujeres sólo aguardan el alumbramiento para abandonar inmediatamente al fruto de sus entrañas en cualquier inclusa, matadero de la infancia, o darlo al cuidado de gente extraña que lo atienda por poco precio, con el fin de dedicarse a la lactancia de los hijos de las familias adineradas. Y esto con ser tan grave, todavía no acusa toda la degradación de sentimientos a que han llegado muchas mujeres.

Las hay casadas que al notar los primeros síntomas del embarazo maldicen, no a la sociedad, sino al fruto de sus entrañas, y toman mil brebajes para arrojarlo prematuramente, o se entregan en manos de comadronas poco escrupulosas que con instrumentos punzantes destrozan el embrión de un ser humano. A todos estos horrores podemos añadir el caso cada día más frecuente de muchos matrimonios que se abandonan a la desnaturalización de los goces por odio a la procreación.

Al llegar a este extremo no puedo contener un llamamiento a los escritores cursis que ensalzan hasta las nubes el amor de madre, para decirles que si tomaran vida esos millones de seres muertos en germen y los que mueren en las inclusas, les maldecirían exclamando ¡mentira!, mentira vuestros poéticos cantares. Menos poesía y más realidad; habéis hecho del llanto, que es signo de impotencia, una virtud, del sufrimiento silencioso, un mérito.

La mujer, tal como los hombres la han hecho, llora por costumbre. Su única arma de defensa son las lágrimas, el artificio, el disimulo.

Pero no es ella, como he dicho antes, la responsable de su estado.

No puede serlo, por cuanto ha vivido constantemente tiranizada por el hombre, y sabido es que todo estado de tiranía necesariamente tiene que producir la astucia, la hipocresía y la mentira. La degradación es consecuencia lógica del estado de inferioridad humillante.

Sobre la mujer pesa la prohibición de manifestar pura y espontáneamente los sentimientos del amor. Debe ocultar cuidadosamente sus sensaciones amorosas como se oculta un delito. No puede esco-

ger, tiene que esperar la sollicitación del hombre y para corresponder necesita el permiso del tribunal de la familia. Ha de contener todo los naturales impulsos, porque su manifestación constituiría una desvergüenza imperdonable, y el buen nombre de la familia peligraría.

Es más casto, más sano, según la moral de nuestros tiempos, resignarse a ser carne de placer para el primer advenedizo que cubre su lujuria con el pliegue ruin que forma la gazmoñería, ser un mueble de lujo, materia explotable, descendiendo a la categoría de prostituta, con o sin pudor. Basta legalizar estos actos de prostitución para que la pudibundez no se escandalice. El hombre, con sus vicios y su torpe vanidad, representa un papel miserable, aceptando como manifestaciones de amor sincero, lo que únicamente es rutina, egoísmo y especulación.

Sin embargo, hay que reconocerlo, ¡cuán poco costaría elevar a la mujer por la libertad de sus facultades y efectos naturales! Se le atribuyen delicadezas íntimas rayadas en lo sublime, que sin duda se manifestarían si una moral regresiva no ahogara el sentimiento de espontaneidad. Porque es lógico reconocer que el amor en su sublime sentir no cabe admirarlo donde las acciones propias viven subordinadas a la voluntad ajena.

Sin voluntad y sin conciencia, mima la mujer al hombre con quien vive, sólo porque haciéndole así cree cumplir su obligación. Le han dicho que sus deberes de casada le imponen que satisfaga los caprichos del esposo, y los satisface maquinalmente, sin que su corazón intervenga. Así viviendo, sus caricias adquieren con mucha frecuencia el carácter de las que se prodigan en los lupanares.

No debe extrañarnos esto, dentro del régimen presente, en que la cuestión económica, está ligada íntimamente con la cuestión moral, haciendo que cuando el marido trae el dinero con que cubrir las necesidades del hogar, los mimos y las caricias se multiplican, mientras que si por triste suerte no logra subvenir a estas necesidades, entonces el mal humor reina.

Mis palabras son duras, pero también son ciertas.

Habrà tal vez quien diga que ofendo a la mujer pero no es así. El mostrar las cosas como son a nadie puede ofender, máxime cuando en cada caso procuro descubrir al responsable. Lo que me propongo es convencer al hombre de los fatales resultados del prejuicio de

poner a la mujer a tan bajo nivel, lo que deseo es que el hombre deje de ser esclavo de su culpa, como actualmente le acontece, por mantener su tiranía sobre la mujer. Si para considerarla honrada apelan a confiscar los impulsos naturales estableciendo costumbres y leyes que ningún mal evitan, que ningún defecto corrigen, sino que por el contrario, obligan a la hipocresía, preferible es que se callen y no eleven poéticamente hasta las estrellas las *dulces caricias de su ángel tutelar*, ya que todo resulta soberanamente ridículo y estúpido.

Paréceme muy del caso observar que cada uno tiene derecho a glorificar lo que encuentra de bueno; pero en el campo de la realidad lo general se antepone a lo particular. Yo hablo aquí de la vida real sin particularismo y dejo las excepciones para quien crea necesario hacerlas. Si los que me leen saben desprenderse de todo recelo y meditan mis palabras con imparcialidad, llegarán a darse cuenta del funesto desarrollo que adquieren los prejuicios señalados y de los vicios que introducen en la educación de las familias, acumulándose inevitablemente en la vida social.

Basta fijarse en las costumbres del hogar para convencerse de la gravedad del mal. Subordinada la mujer al dominio del hombre, impone ella ese mismo dominio a los otros seres más débiles que la rodean, tratando de inspirarles temor. Así la educan, así educa ella después. Le impusieron obediencia irracionalmente, y de igual modo la impone ella a sus hijos.

Además, los hombres, a fuerza de quererla sumisa, olvidan dotarla de los necesarios conocimientos para la salud de sus hijos, y en esta ignorancia la vemos a cultivar el temor en el espíritu de los pequeños, que es lo mismo que iniciarles en el camino de la perversión y de la hipocresía. Nada que ennoblezca el sentimiento, nada que respete la diversa constitución orgánica de sus hijos; todo es ignorancia, incompreensión, rutina.

Ella nada sabe de pedagogía racional, cuyo estudio le enseñaría los cuidados que requiere cada niño o niña según su carácter y temperamento. Por lo mismo, no puede darse cuenta de que educar por el temor por la obediencia ciega, produce resultados siempre fatales.

A nadie puede sorprender que a un estado de injusticia siga otro peor, hecho que experimentamos al ver convertido en sombría mansión el hogar de la familia, *el dulce hogar* como cantan los poetas.

Y todo esto, que es de una verdad irrefutable, no merece la atención del padre. Lo que a él le importa es que le obedezcan, que sean leyes sus caprichos, y es claro, por irresistible imitación, la madre exigirá lo mismo de sus hijos, surgiendo de ahí un régimen jerárquico y ordenancista cuyo patrón vemos en los cuarteles. El padre es el primer jefe, ante él nadie chista, luego sigue la madre con parecidas pretensiones despóticas, y como el mal ejemplo cunde los niños mayores ejercen de mandones con los más pequeños, y éstos se desquitan con el perro, el gato y los muebles, cuando no hay otra cosa. ¿Cuántas veces habremos oído a niños pequeños exclamar con coraje: ¡Ah! cuando yo sea grande?... Terribles consecuencias del odioso afán de superioridad.

No es posible en verdad atenuar los malos resultados de las prerrogativas que el hombre ha pretendido para sí. Se extienden perjudicialmente como manchas de aceite, ensuciando cuanto nos rodea, sin que valgan astucias y mentiras para ocultar los surcos dolorosos que abren en nuestro corazón.

Es de común sentir que la madre debe ser el primer profesor de sus hijos; pero ¿quién le ha facilitado la adquisición de los conocimientos precisos para cumplir misión tan delicada? Se dirá que el hombre no tiene la culpa de todo. Cierto. Que la mujer también lleva su parte. No lo discutimos. Todos llevamos nuestra parte de culpa. Lo que interesa es que los absurdos desaparezcan, que se destruya el régimen que lo provoca, porque es muy triste educar a las nuevas generaciones en medio de tantos errores y limitaciones que embotan los sentidos y desnaturalizan la libertad.

Hasta el presente, todo tiende a confiscar la personalidad de la mujer y del hombre. Sólo así se explica como aún hoy, en el siglo XX, acudan anualmente a llenar los cuarteles miles de hombres a la voz de un tirano representado por la ley o por el falso deber patrio. Allá va la flor de la juventud masculina con el estorbo de una educación torpe y ramplona, a ser objeto de toda mutilación, a parodiar al ratón que esquiva el zarpazo del gato, a moverse a la derecha o a la izquierda perdiendo en cada movimiento una parte de su personalidad, hasta su total anulación. Cogido el ratón, lo engulle el gato para su alimento, anulado el joven, convertido en autómeta, lo engullen los grandes ladrones que en cada país utilizan los ejércitos para satisfacer sus ambiciones, para acaparar grandes riquezas.

Refiriéndome a los estados vergonzosos que nacen de los defectos que voy exponiendo, recuerdo haber dicho en otras ocasiones que el amor maternal en la especie humana no se distingue por la tenacidad sublime en la defensa de la carne de su carne y sangre de su sangre. La madre más cruel, más cobarde e incapaz para la defensa de su prole es la madre humana. En las especies que llamamos irracionales, desde la bestia feroz hasta la inofensiva avecilla, la hembra madre se desvela por el mejor crecimiento de sus hijos y celosa de su existencia los resguarda de todo acecho, escoge sitios convenientes para su defensa, y la veréis con sus uñas, con sus picos o con sus dientes, desafiar todos los peligros para evitar que llegue algún daño a sus hijuelos.

Ahora tengamos un momento. ¿Van a creer mis lectores que soy enemiga de la mujer porque en el trabajo presente resultan muchos cargos contra ella? Dije ya antes que no, ahora he de añadir que mejor creo defenderla poniendo ante su vista los horrores de las falsas costumbres que constituyen su actual norma de conducta, combatiendo muy principalmente los funestos prejuicios de la superioridad masculina que a ellas dieron origen. En esto último se esconde el verdadero enemigo de la mujer.

No dejo de reconocer que entre las mujeres podemos distinguir algunas que posen condiciones para ser buenas madres y perfectas compañeras del esposo; mas, como por ser tan escasas, lo deficiente turba de continuo la serenidad de nuestras miradas, no es posible evitar la indignación por el modo tan falso como se educa a los hijos y por lo indiferente que se muestra el hombre ante el trastorno que produce a la sociedad tan defectuosa educación.

Según la opinión general, el ser buena mujer consiste en resignarse a ser la esclava del marido aplaudir sus sandeces y someterse a ser mueble de lujo o bestia de carga. Ese título de bondad lo concede la voz pública preferentemente a las mujeres que trabajan hasta perjudicar su salud, sin protestar de que el esposo pierda el tiempo en el café o en la taberna. Francamente, no participo de esta opinión. Sentiré, sí, compasión por ellas, mas no cariño, ni respeto, desde el momento en que ellas en tan poco estiman su vida y su dignidad.

El vulgo, el necio vulgo, puede seguir dispensando el dictado de buenas mujeres a las que esperan resignadas el regreso del marido hastiado de sus vicios y que luego le reciben con halago servil al

amo, al dueño, al señor, mas yo no puedo ocultar el enojo que me produce «esta conducta» porque con ella sólo se demuestra capacidad para ser siervas, no compañeras del hombre. El hogar en tales condiciones demuestra ausencia de amor, de verdadero afecto, de nobles expansiones; los dos seres que viven bajo aquel mismo techo pero carecen de la sublime afinidad, necesaria para el verdadero goce. La mujer se somete al hombre porque le trae unas pesetas al final de semana, o porque a su lado cree a cubierto la fama de buena mujer, engaño terrible por cuanto acepta que pese sobre ella el yugo de la prostituta legal, siempre de más baja condición, por ser más hipócrita, que la infeliz mujer pública.

Esta ausencia de sentimientos y costumbres sanas nos llevan a tomar en serio una infinidad de disparates que se observan en otros órdenes de la vida, y que sean objetos de chacota si más tarde no resultarán un suplicio para nuestros hijos. ¿Quién no ha visto a una mujer hacer alardes de sus sentimientos maternales, llorar a lágrima viva al notar que su hijo está enfermo, disputar con las vecinas porque le han reñido y separarlo del corro de los grandotes para que no oigan frases que juzga reñidas con la moral? Pues, en cambio, esa misma madre pronuncia en presencia del mismo hijo mil perrerías, a cual más grosera, por cualquier cuestión que haya tenido con las vecinas, o le refiere con tono beatífico todo un tejido de patrañas y embustes místicos-religiosos, o la mete en cualquier escuela, sin importarle que el profesor sea un jesuita, una fiera ordenancista.

Todos los días conmueve nuestros nervios el rugido que contra el despotismo levanta la protesta popular, y a pesar de todo, no reparamos en adorar el símbolo de este despotismo, regalando a los niños en determinadas festividades, juguetes que representan espadas, fusiles, soldados, y también nos permitimos la alegría de verles seguir mascaradas del carnaval luciendo los entorchados del bárbaro conquistador o la casaca enconchada del parásito privilegiado.

La tarea que me he impuesto requiere muchas observaciones para dejar afirmado que el celo de las madres a favor de sus hijos está luego negado por los hechos, y que el afán de que se alardea por sacudir la dominación del tirano resulta vago, inconsciente, desde el momento en que en los más sencillos actos de la vida aparece el fantasma de la tradición, obstáculo tenaz a toda positiva manifestación sana.

Vamos a concretar.

Todos los privilegios causa del desequilibrio social existente, todas las guerras que con tanta frecuencia desolan a la humanidad, todo el conjunto de dolores y atrocidades que tan de cerca nos hieren y conmueven, hallan apoyo en la ignorancia de esa media humanidad que constituyen las mujeres, ignorancia que perpetúa, con los prejuicios señalados, la otra mitad compuesta por hombres.

Examinen éstos su obra, examínenla y verán como sus orgullos, sus prerrogativas, sus códigos, sus religiones, forman la roca que les aplasta. Su extrema fatiga no hallará descanso hasta que no borren las limitaciones que impusieron a la mujer por temor de que no se derrumbase el hogar de sus egoísmos.

La lealtad, el amor, la abnegación no pueden florecer bajo la represión y la tiranía, necesitan para su armónico desarrollo el ambiente de la libertad vivificadora, la igualdad de condiciones en todos los seres humanos. La Naturaleza, al separar los dos sexos con facultades y obligaciones propias de cada uno, completó un fin común, útil y armónico: el progreso interminable de la especie; mientras que el hombre, con su odioso orgullo, al pretender corregir la Naturaleza, impone divisiones que violentan los espíritus y perjudican la procreación. No debemos continuar por este mal camino.

Reconozcámonos todos enfermos, ya que la atmósfera social se ha viciado tanto que con dificultad nuestros pulmones pueden respirarla; reconozcámonos enfermos y no volvamos la espalda a quien con su pluma, con su palabra o con su ejemplo, nos ofrece el remedio.

No quiero que se acepten a ciegas mis palabras, sino que se les preste atención y se estudien las soluciones de tan grave problema.

Es menester también que la mujer no espere únicamente del hombre el remedio a sus males. Ella misma debe emplear todo el esfuerzo propio para levantarse de la postración en que ha vivido. No quiera ver encadenadas por más tiempo sus acciones.

Obrando así, con conciencia propia de sus derechos y de sus deberes, el concurso que el hombre le preste contribuirá eficazmente a completar la transformación imperiosamente necesaria.

Biblioteca de El Porvenir del Obrero, S.A., Mahón, 1905

A las mujeres De una conversación familiar

Teresa Claramunt es la aya de la juventud femenina anarquista. A consecuencia de una sentencia de destierro, pronunciada por el fuero militar, hace siete años que reside en Zaragoza.

Ahora por motivos de salud, ha estado unos días entre nosotros. Pero libre y siempre joven de espíritu.

En atención, pues, a su estado anteayer invitamos a las mujeres en general a la conversación familiar, no «conferencia» que celebramos en el centro obrero.

A pesar del calor asfixiante, el local fue insuficiente para que pudieran tener acceso las numerosas compañeras, algunas viejas luchadoras, que acudieron a oír la serena palabra de nuestra compañera.

En torno a la gran mesa, los hombres, y sentada —diremos maestra y discípulas— nuestra aya pausadamente inicia «su» conversación diciendo: «la lucha tiene dos fases: el goce y el dolor. Pero al yunque de la lucha es donde se templan los espíritus fuertes.

Son muchos hombres y mujeres, que han practicado actos civiles, pero vemos que la mayoría hoy obra al revés.

La mujer, innegablemente, es un factor importantísimo en las luchas sociales. Si creemos, si educamos fuertes individualidades, tendremos una férrea comunidad de compañeros y compañeras conscientes.

Pues son muchas las mujeres que en un momento dado sufren arrestos, por bellos gestos y luego van en busca del político, del cura u otro elemento influyente para que las saquen de la cárcel.

Es indudable que ahora se avecina una gran lucha: las circunstancias internacionales por un lado, y las enormes inmoralidades que la burguesía comete, serán el botafuego del gran incendio. Por lo tanto es necesario que hagamos un gran esfuerzo, ya en el orden de capacidad mental o en la organización. Pero no os fiéis de los dorados espejismos de los vividores, debemos remitirnos a nuestras propias fuerzas.

Todos hemos vivido la lucha de este invierno pasado, pro abarataamiento de las subsistencias. Pues bien, hemos de emplear nuevas tácticas para dar lo merecido a esos señores que forman los grandes trusts.

Modifiquemos una cosa: hagamos todos lo que sea preciso, sin hacer boato ni gran ostentación en la calle. Pues el trabajar para la gran obra no es cuestión de cálculo. La lucha, hemos dicho, implica goces inefables, dolores agudos y amargos sinsabores.

Después de las grandes adversidades, es muy grande, muy íntima la satisfacción para con todos los fines. Pero es necesario apartar de nuestro camino a todo lo bajo y ruin, a todo lo inmoral, ya sea persona o idea.

También debemos hacernos respetar nosotras, las mujeres, más que nadie.

Nuestra rebeldía, en justicia, ha de ser indomable. A los políticos consideradles como seres desgraciados. Las mujeres hemos de tener entereza y dignidad ante nuestros verdugos, cuando caemos prisioneras».

En relación —dijo Teresa— a lo que constituye el grupo familiar, considerad que la lucha contra la burguesía es fácil, la lucha entre los propios, la familia, es la más tiránica, la más brutal y numerosa. Pero si estamos poseídos de firme conciencia, de una fuerte base moral, nos imponemos en todo. Es positivo.

Jamás hay que pensar en las consecuencias de la lucha, pues esto mata las energías y las iniciativas.

Aquí, entre nosotras, hay compañeros que nos escuchan. Todos sabéis que la provocación de la lucha, muchas veces, es obra tiránica del hombre, que es precisamente el que ha de dignificar a la mujer y nunca, jamás, enlodarla; esto es, alentarla siempre a la lucha. Nadie, en efecto, es malo ni bueno del todo, pues es muy intrincada la filosofía del bien y del mal. En los más buenos siempre hay algún defecto como en los más malos, siempre encontramos algún acto bueno. Sin olvidar que la separación más grande es la que cobija a dos bajo un mismo techo.

En el ideal anarquista hay muchas puertas para poder entrar, pero, sinceramente ninguna para salir.

Las mujeres hemos de ser conscientes, instruidas y cultas, pues no sólo hemos de tener el título de valientes para «acreditarnos» de

anarquistas, porque la ignorancia es la madre de todos los defectos. Y en todos los casos de la vida, se necesita un valor, un carácter firme e inquebrantable.

Aunque el hombre es el mayor causante de todas las desdichas que afligen a la mujer, es aquí la necesidad que tenemos de culturizarnos para poder contender, lógicamente, en las múltiples cuestiones que algunos individuos, para saber el grado de cultura que poseemos, nos ponen hábilmente a consulta.

Las energías buenas son para la lucha cotidiana, pero es indispensable la cultura para elevar el pensamiento.

La mujer, por la condición de su sexo, tiene muchos escollos y peligros que vencer para salvar su dignidad al entregarse a la lucha.

Contra la mujer hay enemigo común: el clero que inculca la religión que tanto embrutece a los ignorantes. Contra la mujer también hay otro enemigo común: la política, ya sea republicana, democrática o imperialista. Es indispensable combatir, en principio la religión. Desconfiad siempre de los catequistas.

Luego abogó concienzudamente por la unificación de los diferentes grupos feministas que radican en Barcelona, aprovechando la representación de la señorita Marín, profesora librepensadora.

También hizo atinadas disquisiciones acerca de la consciente independencia de la mujer, en el «caso de saber unirse y separarse libremente».

Las mujeres —interviene la compañera Dolcet— creo que deben ser las que tienen que hacer conciencia a los hombres, conciencia de libertad y altruismo, dado que la cuestión económica es el principal factor, factor que muchas veces ha obligado a inclinar la cerviz a muchos militantes, ya de suyos poco sinceros.

—Sí —agregó Libertad—, es verdad todo esto, pero también es necesario que antes que socialistas, anarquistas o sindicalistas, sean hombres.

Por lo tanto —continuó Teresa—, es indispensable luchar tenazmente para hacer desaparecer el sistema capitalista, sistema que engendra el cura, el policía y otra gran variedad de zánganos. Porque tened entendido que mientras no se extirpe el mal en su raíz, en su totalidad, nuestra lucha será estéril, y la desigualdad social, constituirá un dogma que perdurará hasta la consumación de los siglos.

Ya sabéis pues, compañeras, a grandes trazos, cuál es la misión encomendada. Pues a la par de ser buenas compañeras tenemos la otra, la augusta función de ser madre del hombre. Y sabiendo ser madres podréis educar bien a vuestros hijos.

Salud amigos míos —saludó Teresa—. ¡Salud!

Comentario de Jaime Aragó, *Solidaridad Obrera*,
Barcelona, 18-VII-1918

A las mujeres ácratas de Barcelona

Queridas compañeras: al trasladarme a Barcelona en busca del remedio que reclamaba mi salud, no pensaba me estuviera reservada la grata impresión que vosotras me proporcionasteis en la noche del 17 del presente mes.

Siempre ha habido mujeres que han sentido ansias de reivindicaciones e impulsos que se han consagrado a la lucha, y en todas las revoluciones no ha faltado una heroína que ha dado muestras de valor y altruismo. Pero es tan ingrato el ambiente que nos envuelve, que la mujer, a quien los hombres de todas las épocas reconoce débil, no ha podido tener el valor necesario para romper con los miles de prejuicios que la falsa educación y la tiranía masculina le han reservado.

Así es que son excepciones las mujeres que han roto el tirano círculo de hierro; pero no en balde pasan los tiempos. El trabajo, el esfuerzo de tanta lucha no podía dejar de dar sus frutos, y hoy Barcelona cuenta con una organización potente, en cuyas filas militan un número de conscientes y decididas compañeras dispuestas a llegar hasta el fin, por y para la anarquía.

Os vi, queridas mías, y por la sencilla palabra de las compañeras Libertad, Dolcet, Lola y otras, el estado de ánimo que anima es de tal magnitud, que hace concebir esperanzas a los que os ven luchar y desplegar vuestras energías. No regateéis vuestros esfuerzos para elevar vuestra inteligencia. Seguid estudiando los inagotables tesoro-

ros del amor y justicia que encierra nuestro sublime ideal anarquista. Seguid vuestra senda, serenas y altivas con quien intente dominaros. Cuando se ama la lucha se encuentran goces inefables por la justa causa.

Salud, valientes compañeras, no olvidéis que en este forzoso destierro tenéis un ser que os ama y que participa de vuestros amores y de vuestros odios, y cual a vosotras le anima tan sólo la lucha por la Anarquía.

Teresa Claramunt,
Zaragoza

Solidaridad Obrera, Barcelona, 28-VII-1918

Los niños y las madres

Hace algún tiempo, leí las siguientes palabras de Andrés Girar, que considero un tratado de higiene moral.

«Dejad al niño libre, libre de pensar, libre de hablar, de obrar. Si por el hecho de su libertad algún peligro le amenaza, apartadlo de él o bien enseñadle dulcemente, amistosamente, como un hermano mayor más experimentado. Si no atiende a razón distraedlo, ofrecedle un placer más atrayente; nada es tan móvil, como el espíritu del niño. Pero que jamás sienta su voluntad subyugada por la vuestra, que os encuentre su igual y no su amo, que toda vuestra superioridad sólo la vea en un saber más grande, en una más grande experiencia de la vida, que hagan de vos a sus ojos a un protector, un amigo».

¡Cuán erróneamente se educa hoy a los niños! En muchos hogares, tanto pobres como ricos, no se tiene para el niño ni aún los cuidados con que trata un jardinero a un rosal. El niño es con frecuencia un juguete que sirve para hacer reír a sus padres, haciéndole repetir frases muchas veces impropias, y hasta obligándole por medio de amenazas a que haga gestos, o pronuncie lo que les ha caído en gracia.

Las madres que son las primeras maestras de la infancia, desconocen por completo los deberes de su elevado magisterio, y ese desconocimiento es causa de que nazca en los niños el orgullo y la envidia. En la casa donde hay más de un hijo, los padres suelen mostrar predilección por alguno, de donde sobreviene la envidia de los otros.

Jamás se ha oído que al asear o engalanar a sus hijos diga la madre: «si vas aseado estarás más sano y causarás más alegría en tus padres, maestros y amiguitos». No usan ese lenguaje las madres; sino al contrario; si es una niña le dicen que será más hermosa, que es la más bonita de la calle, y que se casará con un marqués, con lo que se desarrolla la coquetería, la vanidad y el orgullo. ¿Cómo hemos de extrañarnos luego del estado deplorable en que se halla la mujer, intelectual y moralmente hablando? «Que os encuentre su igual y no su amo». ¡Cuán contrario es a esto el trato educativo que se da hoy a la infancia! Las madres, las más de veces, o déspota o falta de carácter, hacen del niño un hipócrita o un desvergonzado. Cuando el hijo no atiende a la razón, ninguna madre sabe distraer al niño ofreciéndole un placer más atrayente, sino por el contrario, o bien se ríe y acaba por darle dinero para que compre golosinas, o les pega duramente o le amenaza con decírselo al padre, haciendo que el niño a fuerza de oír la cantinela «se lo diré a tu padre» acabe por sentir terror y comprender que el padre es el más fuerte, por creer que es más malo, con lo cual el niño abusa cuando está con la madre que es débil y cuando viene el padre se hace el santito, o sea el hipócrita y de este modo se va formando el hombre, cargado de prejuicios que más tarde le han de hacer a la vez déspota y esclavo. Pero no es de la mujer la responsabilidad, sino que ella es la primera víctima de esos malos sistemas educativos. Niña aún, si es obrera, comienza a ser carne de explotación burguesa, si es rica la llevan a un convento para que las monjas la eduquen y la instruyan. Al tomar estado la iglesia le exige tan sólo que sepa de memoria algunos embustes del catecismo; la ley civil le manda estar bajo el dominio del hombre, y los padres, especialmente las madres, sólo saben aconsejar tonterías, que la hacen más esclavas y más hipócrita. Sobre esa pirámide de artificio y la ignorancia se sostiene la familia.

Generación Consciente, Alcoi, n.º 2, julio de 1923

¡Oh, el pudor! La rutina y la inconsciencia

—¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza! ¡Qué corrompido está el mundo! —exclamaba una vecina que seguía por mi camino a la compra—.

—¿Qué le pone tan fuera de sí? —le pregunté—.

—¿Ha visto a esa chiquilla? Es de la vida, y ¿ve Vd.?, ya ha pescado a ese hombre que la sigue.

—¿Y qué?

—¿Qué? Parece Vd. tonta: Ese hombre va a ocuparse, a estar con ella, por unos reales, y todos los que los ven saben lo que van a hacer. No diga Vd. que eso no es inmoral, y que la justicia no debía permitirlo... Pero que cara pone... ¿No es Vd. de mi parecer?

—¿De su parecer? —contesto con desprecio—. No, no. Yo entre esa joven y sus hijas de Vd. no se ve la diferencia. No se alarme y escúcheme, si quiere: Hace unos días se casó una hija de usted. Al salir de la Iglesia, todos los que veían a los novios sabían lo que iban a hacer.

—Legalizarle, sí, igual que esa pobre muchacha; ella también ha legalizado su comercio y paga su contribución.

—Pero ella ha de salir a la calle a hacer la carrera para pescar un c... un hombre cualquiera...

—Triste realidad; y más triste aún, porque se hace extensible a la gran mayoría de las mujeres de todas las clases sociales, las cuales no tienen otro porvenir que hallar un hombre, un marido. Y sea Vd. consecuente: ¿Acaso sus hijas de Vd. no acuden a todos los afeites para agradar? ¿No usan lo extremo en la moda para llamar la atención? Las niñas honradas, ¿no usan un escote que permite, no a su hombre, sino a todos los hombres, admirar sus carnes? Nada de estética, nada de arte. Sólo sensualismo, grosero sensualismo. Y todo para pescar un hombre. No se preocupan de otra cosa que de echar el cebo, atraer por la carne, llamar al macho. No buscan al hombre serio, inteligente, innovador. No entienden ellas de esas

tonterías. Seriedad, capacidad, ideología, ¿qué falta hace eso para casarse? Y ellas, al igual que muchos de ellos, atraídos tan sólo por los atractivos de la carne, se juntan, no se unen; se casan, pero no se funden en el puro crisol del amor. ¿Y qué fruto dan estos matrimonios que se casan sin otra finalidad que la rutina? El engaño, en algunos casos por ambas partes, o bien por uno, resultando una víctima. Procrear. ¿Y que conciencia tienen de su deber como autores de unas vidas que han de dirigir y educar si desconocen lo que se debe a su magisterio?

Y así andan las cosas. Los hogares, el claustro donde anida el sacrosanto de la familia resulta un nido de discordias, donde los niños son víctimas por partida doble educándolos con dos catecismos a cuál más funesto: el vocabulario soez, déspota y grosero, y el sofista atrofiador y embustero del catolicismo. Y así los hombres del mañana, al igual que los de ayer y los de hoy, son carne de cuartel, pus de lupanar, piltrafa de hospital y ejércitos de autómatas que imposibilitan toda marcha de los que deseamos que la mujer no tenga que salir a la calle para pescar un marido o un amante de más o menos duración, entregándose, vendiéndose, resultando un menosprecio por igual para el que compra como para la que se vende.

Peró es tanta la rutina, la inconsecuencia y la pereza de pensar, que muchas, al igual que mi vecina en cuestión, están a muchos kilómetros de la realidad.

Generación Consciente, Alcoi, n.º 4, septiembre de 1923

TEXTOS DE CARÁCTER SOCIAL